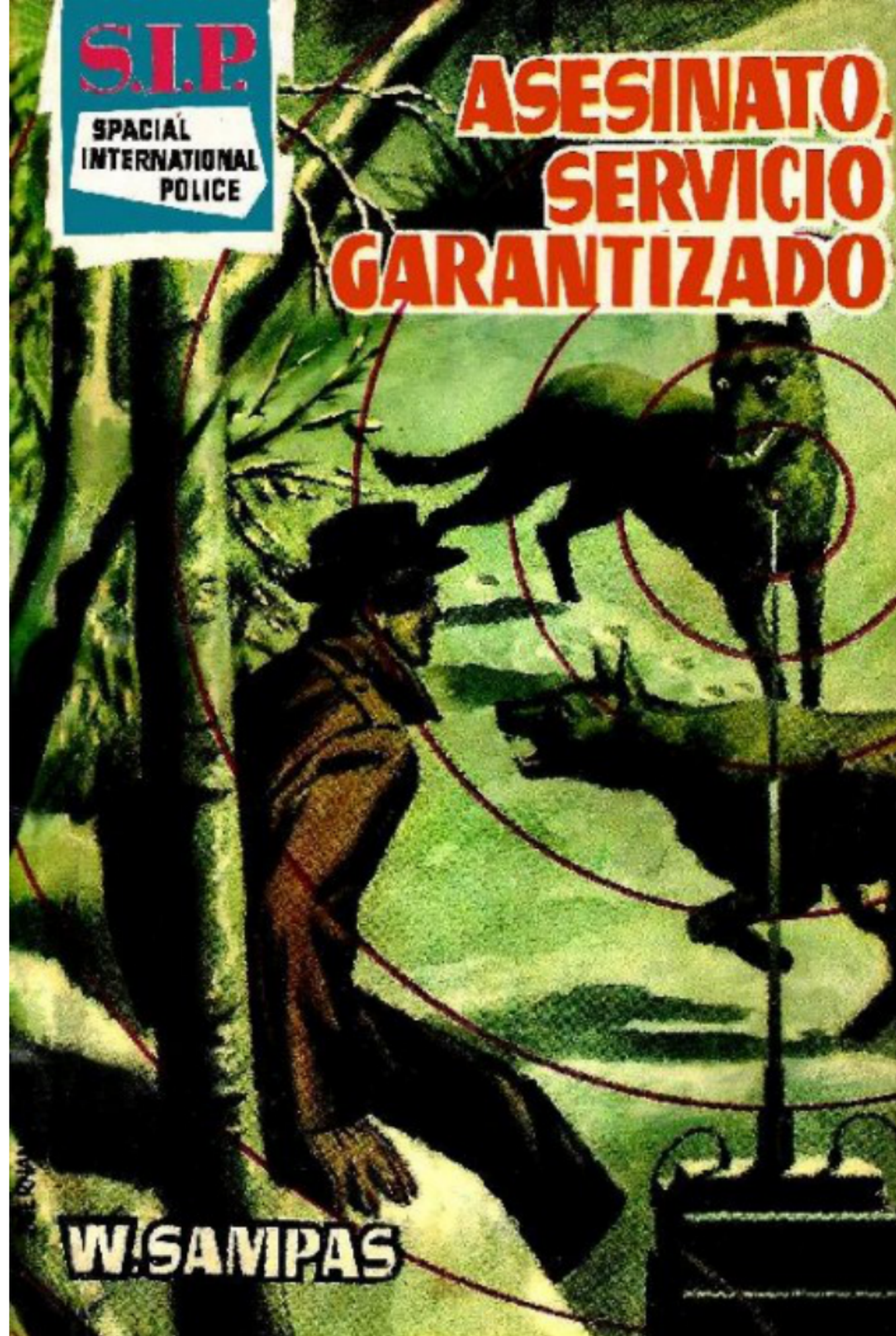

S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE
ASESINATO, SERVICIO GARANTIZADO
W. SAMPAS

EL SECRETO DEL



ASESINATO, SERVICIO GARANTIZADO

por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51-63
B A R C E L O N A

Depósito legal: B. 3.169 - 1960

Número de Registro: 1.229 - 1960

IMPRESO EN ESPAÑA

Printed in Spain

Impreso por Ed. Toray, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



ICHARD oprimió la palanca, haciendo descender un poco más el helirreactor. Los rotores cortaban alegremente el aire de la mañana, y bajo el aparato a uno y otro lado de la carretera —la llamaban General Road porque era la única, existente y la que servía al tráfico de todo aquel territorio—, se extendían las zonas inundadas de los cultivos hidropónicos, donde las mantas, flotando sobre el agua, crecían y daban sus frutos sin necesidad de estar sujetas al suelo,

Richard frunció el entrecejo,

A su lado, Pierre Leman, que habitaba en la ciudad, la única gran ciudad de Venus, encendió un cigarrillo.

—¿Lo ves? —inquirió Richard—. Agua por todas partes en esos

asquerosos cultivos. Y ellos no saben nada.

—No se habrán preocupado.

—Ésa ha sido mi suerte.

Hubo una pausa y Richard, imitando a su amigo, encendió un cigarrillo.

—¿Cómo lo descubriste? —inquirió el otro.

—Por casualidad. Tuve un fallo en el helirreactor y me vi obligado a posarme sobre el borde de uno de esos repugnantes charcos. También fue por casualidad por lo que miré, en aquel momento, al contador Geiger.

—¿Mucha radiactividad?

—La suficiente para que no me engañase su origen. No hay duda de que hay uranio bajo esta tierra. Y parece mentira, ¿sabes? Cuando nuestros padres vinieron aquí, formando el núcleo de los primeros colonos, todos buscaron, como puedes imaginarte, metales radiactivos: era lo único que podría enriquecerlos como ellos lo deseaban; pero, poco a poco, después de recorrer el planeta en todas direcciones, tuvieron que rendirse a la evidencia y dedicarse a otras, cosas —sonrió—. Por eso nos quedamos con los terrenos petrolíferos.

—¿Y ellos a los cultivos?

—Eso es.

—Lo que me extraña es que no se hayan dado cuenta de nada.

Richard se encogió de hombros, con desprecio,

— ¡Son unos campesinos, no lo olvides!

—¿Los conoces?

—Sí. Son los Simplon, padre e hijo. La mujer murió a los pocos años de llegar a Venus. El padre se llama Charles y Fred su hijo. Parece que a éste le gusta mi hermana Monique.

Pierre sonrió.

—¡A lo mejor te encuentras con un cuñado multimillonario!

—¡No digas tonterías! Sólo pensar que esos palurdos pueden encontrar uranio en sus tierras me pone malo.

Pierre comprendía perfectamente las ideas de su amigo. Desde que recibió su invitación, para pasar quince días en su casa y le oyó hablar, desde el primero, del uranio de las tierras hidropónicas, se percató de que algo se estaba desarrollando en la mente de Richard.

—No has dicho nada a tu padre, ¿verdad?

—No. Prefiero llevar las cosas a mi modo. Mi padre, estoy seguro, pensaría como yo..., pero es menos atrevido. Se ha hecho viejo e indolente desde hace un par de años.

El aparato seguía sobrevolando las tierras inundadas.

—¡Imagínate! —exclamó Richard, después de unos minutos de silencio—. Si todo esto tiene un subsuelo rico en uranio, hay aquí una fortuna inconcebible.

—¿No podrían vender?

—No lo creo. Sospecharían en seguida de qué se trata. No son tontos; al menos tanto como creemos,

—¿Entonces?

—No lo sé. Hay que hacer las cosas de una manera cuidadosa, muy despacio y pensándolo muy bien. Cuando me hablaste de esos amigos o conocidos tuyos, que han montado una sociedad en la ciudad, me dije que lo mejor era ir a verlos.

—Yo no puedo garantizarte nada.

—Ya lo sé, pero has dicho suficiente para que yo comprenda que esa gente es de la que se encarga de las dificultades de los otros mediante una buena cantidad de dinero. ¿No es así?

—Así me lo pareció.

—Yo había pensado muchas cosas: envenenar las plantas, arruinarles las cosechas y aburrirles, hasta que se fuesen y nos vendiesen los terrenos por un puñado de dólares. Pero eso sería muy largo y no hay que olvidar que ese Fred, en cualquier momento, puede tener la ocurrencia de tomar un contador y darse cuenta de que hay uranio en sus tierras. ¡Sería catastrófico!

—Lo que me extraña es que no hubiesen descubierto nada antes.

—También he pensado en ello. Mi opinión es que ha sido el agua, al inundar estos terrenos, la que ha socavado la tierra y ha hecho que las radiaciones fueran perceptibles en ciertos puntos.

—¿Y esas radiaciones no dañarán las plantas?

—Sí, pero en pequeña cantidad. Naturalmente que, si dejásemos pasar el tiempo, llegarían a darse cuenta de una manera u otra. Pero no les daremos esa ocasión.

Y entornando los ojos, como si hablase consigo mismo, dijo:

—Hace mucho tiempo que quiero ser rico, Pierre. Ya sabes que los petróleos de mi padre nos han dado mucho dinero, pero los yacimientos cuestan cada vez más y su explotación es más difícil cada vez. Los negocios no son como antes. Además la petición de petróleo es menor cada día, ya que muchas centrales atómicas han sido inauguradas en la Tierra y la energía del átomo resulta mucho más barata que el petróleo. ¡Es uranio lo que pide ahora todo el mundo! Y estas tierras, sobre las que ahora estamos volando, están llenas de ese precioso mineral…

Hablaron aún de muchas cosas, antes de llegar a la ciudad, en uno de cuyos helicopuertos se posaron, en el centro mismo de la villa.

Venusville, fundada por los primeros colonos franceses que llegaron al planeta, había crecido extraordinariamente, convirtiéndose en un centro populoso y con un aspecto moderno y de líneas atrevidas, Sus calles eran limpias, con una doble calzada y centros de aparcamiento subterráneo. Tenía ya cinco millones de habitantes y no dejaban de llegar expediciones de hombres dispuestos a montar negocios o lanzarse a la prospección en los últimos rincones de Venus al otro lado de los bosques densísimos y de los pantanos terribles que formaban la zona central de aquel mundo.

Los cultivos hidropónicos eran el negocio más saneado de Venus.

Desde que la Tierra había empezado a olvidar la agricultura y a encontrarse con problemas de abastecimiento, que el crecimiento de la población no hacía más que agudizar, la exportación de vegetales formaba un río constante desde Venus donde las fábricas de conservación y desecación florecían a una velocidad extraordinaria.

Miles de millones de acres hidropónicos, donde bastaba echar las semillas para que las plantas fructificasen, producían lo suficiente para llenar los astrocargos que despegaban constantemente de los espaciopuertos venusianos.

El dinero corría a torrentes.

Por eso Venusville no hacía más que crecer y sus edificios se levantaban, de la noche a la mañana, cada vez más elegantes y atrevidos, cada vez más altos y suntuosos.

Aventureros de todas ciases habían acudido a aquella urbe para intentar medrar de mil maneras distintas. Y el vicio, la depravación y lo ilegal surgió como en todas las ciudades del viejo mundo, con la fuerza que los hombres ponen en manchar de maldad lo que se ha hecho para e! bien de todos.

* * *

El edificio a] que los dos amigos Se dirigieron, después de atravesar la calle, saliendo del torreón del helicopuerto, levantaba su arquitectura atrevida y orgullosa, elevándose en una estructura de ciento trece pisos.

Un ascensor rápido les llevó hasta el piso 65, en uno de cuyos pasillos encontraron la puerta de la dirección que Pierre conocía. Un rótulo fluorescente brillaba con intensidad multicolor sobre la puerta;

ASOCIACIÓN DE SERVICIOS PERSONALES

Consúltenos su problema y nosotros se lo resolveremos, por muy complicado y difícil que le parezca.

—¿Qué te parece, Richard?

—Bien. Si no se trata de unos charlatanes, estoy dispuesto a pagar.

Y después de una corta pausa quiso saber:

—¿Cuándo los conociste?

—Hace un par de meses. Solucionaron un asunto a un amigo mío y yo le acompañé. Como en tu caso. Verant sonrió.

—Pero no se trataría de algo tan peliagudo corno lo mío, ¿verdad?

—Tampoco era nada fácil. ¿Entramos?

—Sí.

Llamaron a la puerta y momentos después ésta se abría. Una joven, elegantemente vestida y muy bonita, apareció en el umbral.

—Pasen, por favor.

Lo hicieron y ella les condujo hasta una salita amueblada con gusto.

—¿Con quién desean hablar?

Fue Pierre a decir algo, pero Richard le atajó:

—Con el director, per favor.

—Esperen un poco.

No tuvieron tiempo ni para cambiar algunas impresiones baladíes. La joven reapareció y con una sonrisa encantadora invitó:

—¿Quieren seguirme, señores?

Les hizo entrar en un despacho amplio, iluminado indirectamente y, por el aspecto de sus paredes, completamente aislado. La muchacha cerró la puerta, desapareciendo tras ella.

El hombre que ocupaba la silla, detrás de la amplia mesa de despacho, podía tener cuarenta años. Era, sin embargo, juvenil hasta en su manera de vestir y los cabellos que plateaban sus sienes no lo envejecían, limitándose a darle un sello de prestancia que se conjugaba con la poderosa y dominadora mirada de sus ojos grises.

—Tomen asiento; se lo ruego.

Obedecieron y el hombre, después de ofrecerles unos cigarrillos, que ellos aceptaron dijo con voz bien timbrada:

—Me llamo Igor Domerenko y soy el director de la Asociación. ¿A

quién tengo el gusto de saludar?

—Soy Richard Verant —repuso el joven—, de Petróleos Verant. Mi amigo Pierre ha tenido la amabilidad de acompañarme ya que yo no conocía la dirección de su Asociación.

—Perfectamente. ¿Y en qué puedo servirle, señor Verant?

Se veía que aquel hombre no se andaba por las ramas e iba directamente al grano.

A Richard le gustó aquella manera de empezar.

—Verá usted, señor Domerenko... Estamos interesados, mi padre y yo, por unos terrenos vecinos a los nuestros.

—¿Petrolíferos?

—No. De cultivos hidropónicos.

—¿Quieren comprarlos?

—No los venderán.

—Comprendo. Ustedes desean apoderarse de esos terrenos, aunque sus actuales poseedores no estén dispuestos a negociar. ¿Me explico claramente?

—Sí.

—¿De quién son esos terrenos?

—De unos ingleses: Charles y Fred Simplon. Padre e hijo.

—¿únicos poseedores?

—Sí. Hay unos trescientos empleados, pero...

—Ya entiendo. Ésos no cuentan para nada.

Hubo una pausa; después dijo:

—Creo recordar en qué lugar están esas tierras. ¿No es en la General Road?

—Sí. A unas cien millas de la ciudad.

—Sí, ya sé...

—¿Cree que será posible hacerlo, señor Domerenko?

—¡Naturalmente! Ya ve que no nos importa saber qué motivos pueden inducirle a desear esos terrenos, amigo mío. La Asociación no se inmiscuye en esas cosas... Quiero prevenirle, sin embargo, que va a costarle caro.

—Estoy dispuesto a pagar.

—¿Incluso un millón?

Richard Verant se mordió los labios; pero después de unos instantes de indecisión:

—Incluso esa cantidad.

Igor esbozó una sonrisa.

—De acuerdo.

—Un momento. No me ha dicho usted cómo se las arreglará para que esas propiedades pasen a mi nombre.

—Tampoco le interesa, señor Verant. Lo único que le importa es que dentro de muy poco nosotros le entregaremos los títulos de la propiedad a su nombre, a cambio de un millón de dólares. ¿No le basta?

—Naturalmente que sí, pero...

—No hay peros, amigo mío. De la misma forma que la Asociación no desea conocer sus móviles, usted no debe saber ni conocer nuestra técnica. Puede aceptar o despreciar nuestros servicios, aunque ya es demasiado tarde para echarse atrás.

Richard no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Qué intenta usted decir?

—Que, visto su interés por esos terrenos, si usted no aceptase nuestros servicios, seriamos nosotros los que nos interesaríamos personalmente en el asunto. ¿Me explico con suficiente claridad?

Richard Verant estaba horrorizado. La manera cruda, directa, sin ambages, con que aquel individuo se expresaba le producía un extraño malestar.

Pero, como había dicho Igor, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Acepto sus servicios —dijo con un débil hilo de voz.

Domerenko sonrió.

—Eso es muchísimo más sensato, señor Verant. Creo que con quince días tendremos suficiente para arreglarlo todo; de todos modos, si el asunto se arregla antes, cosa que nos agradaría mucho, ya que nuestro deseo es servir pronto y bien al cliente, se lo haríamos saber.

Richard se puso en pie, siendo imitado por su amigo.

—Está bien —dijo.

El otro se levantó, después de oprimir un botón.

La joven apareció en la puerta.

—Tenga la amabilidad de acompañar a estos señores, señorita. Hasta la vista, señor Verant.

—Adiós.

No cambiaron ni una palabra basta que estuvieron fuera del edificio.

—¿En qué clase de sitio me has metido, Pierre?

—¿Yo? Ya te dije que no los conocía apenas. Además, cuando quise decir que nos recibiese el señor Stenowicht, que es el secretario, tú dijiste que querías hablar con el director.

—¿Le conocías ya?

—No. Peco sí al otro, que es muchísimo más simpático.

Y como Richard no dijese nada preguntó:

—No te habrás arrepentido, ¿verdad?

—No, pero hay algo que me da miedo en la actitud de ese hombre. ¿Cómo diablos hará que el viejo Simplon venda las tierras? Además con un millón de dólares, no tendría ni para empezar a comprar. ¡Palabra que no lo entiendo!

—Déjalo, muchacho. Si se ha tirado un farol y falla, peor para él. Ya has visto que no te ha pedido ninguna cantidad de anticipo, ni para gastos.

—Eso es lo único que me ha tranquilizado. ¡Tiene una manera tan directa de decir las cosas!

—Es un hombre que parece saber lo que quiere.

Tomaron una bebida en uno de los bares y Richard después de haber pagado, dijo:

—Voy a volver a casa, Pierre. Mi padre me espera,

—Bien. ¿Cuándo nos veremos?

—Dentro de un par de días. Tengo que venir a Venusville con un cargamento de petróleo. Iré a tu casa.

—Como quieras.

—Adiós, Pierre.

— ¡Hasta la vista, Richard!

Éste se alejó hacia ei helicopuerto.

Pierre, después de beber un nuevo vaso, se fue a la cabina telefónica, marcando el número de la Asociación.

Momentos después, Igor dijo:

—Esperaba tus noticias, muchacho.

—¿Tendré mi comisión?

—Nadie te la ha negado jamás; pero ¿te ha dicho ese tipo los motivos de su interés por los terrenos?

—Sí. El petróleo va de baja y quiere convertirse en agricultor.

Mintió con absoluta tranquilidad, ya que tenía sus propios proyectos para el futuro.

—De acuerdo, Pierre.

Y el otro colgó.

CAPÍTULO II



L, conductor del camión vio el coche que se adelantaba en aquel momento y sonrió.

Confiaba en Domerenko.

Desde que se hablan asociado, las cosas marcharon bien, sin que jamás se produjese nada desagradable entre ellos dos.

Y es que se entendían muy bien.

Sin embargo, cuando conoció a Igor, no creyó sinceramente que dos hombres tan distintos como ellos dos y tan separados por un abismo de cultura pudiesen llegar a comprenderse de una manera tan perfecta.

Él, Elías Stenowicht, era el cerebro, en el sentido abstracto de la palabra, ya que Igor no carecía, ni muchísimo menos, de Inteligencia. Domerenko era la acción, el brazo que se movían en el mundo. Mientras él, Elías, vivía en un mundo científico, a mil millones de leguas del de su amigo.

Domerenko pensaba igual.

Mientras conducía su coche, un doble reactor de último modelo, por la cuidada pista de la General Road, había sonreído igualmente al adelantar al camión que conducía Elías.

¡Un tipo formidable aquel Stenowicht!

Tampoco soñó él en llegar a intimar con alguien tan inteligente como su amigo. Pero ahora, después de casi cinco años de asociación, comprendía que había tenido una verdadera suerte y que en compañía del otro iban a convertirse en dos hombres muy ricos.

Naturalmente que también necesitaba su compañero alguien como él: un hombre realista, dispuesto a actuar en cualquier momento… y que manejase un cuchillo con la misma facilidad que un arma de fuego.

Miró el reloj de abordo, dándose cuenta de que tenía el tiempo justo para sorprender al hombre que, como sabía desde que había estudiado sus costumbres, pasaría por la General Road dentro de unos minutos, atravesando la carretera para dirigirse, por un camino

estrecho, a la casa que los Simplon le habían construido en el seno de sus amplísimas propiedades.

Aquel hombre era el administrador.

Igor había estudiado a su víctima hasta que conoció sus hábitos tan bien como el hombre mismo. Cuidadoso en la preparación de sus planes, el ruso determinó, junto a su compañero, la manera de realizar la primera fase del plan que contaban poner en marcha para entregar a Verant las propiedades de los Simplon.

Al llegar junto al camino que iba a la casa del administrador, detuvo el vehículo, ocultándolo después en una de las curvas de la carretera. Luego volvió a consultar el reloj.

El administrador no tardarla mucho en cruzar la General Road, Igor, con una extraña sonrisa en los labios, se dirigió hacia el camino, adentrándose por entre las altas plantas de los cultivos hidropónicos.

Luego se escondió.

Momentos después, desde su escondrijo, vio llegar a un hombre de mediana edad, bien vestido, aunque llevaba botas altas, quizá para atravesar alguna zona inundada. Llevaba una voluminosa cartera en la mano izquierda y tenía en la derecha una pipa que, de vez en cuando, se llevaba distraídamente a los labios.

Para Domerenko, las cosas no fueron nada complicadas. Cuando el hombre hubo pasado, sacó el cuchillo, que lanzó con una precisión matemática, hundiéndolo en la nuca de, aquel desgraciado, que murió antes de desplomarse.

El ruso se apoderó de la cartera y retrocedió, por el mismo camino que había tomado pava llegar. Unos instantes más tarde, volvía junto al coche, en el que subió sin ninguna precipitación, tomando el camino de la ciudad.

Cuando llegó a las oficinas de la Asociación, atravesó rápidamente los despachos, que a aquella hora estaban desiertos, penetrando en las habitaciones posteriores donde había un verdadero laboratorio.

La primera estancia estaba casi completamente ocupada por una extraña máquina, una especie de cerebro electrónico de cuya parte anterior salía un brazo articulado que se terminaba en una mano mecánica.

Aquélla era la única máquina que Igor sabía hacer funcionar.

En realidad, el resto de las estancias estaban ocupadas por aparatos pertenecientes a Elías y cuya utilidad desconocía Igor por completo.

Abrió la cartera del administrador y cuando hubo repasado

cuidadosamente los papeles, escogió algunas cuartillas que habían sido escritas por Charles Simplon y que llevaban su firma en la parte inferior. Se trataba de borradores, de estados de cuentas, de notas sin importancia.

Pero era suficiente.

Tomando una de aquellas cuartillas, Igor la hizo entrar en la ranura que la máquina tenía en uno de sus lados.

Luego oprimió un botón.

Un suave zumbido se dejó oír.

Yendo hacia la parte anterior del mecanismo, el ruso colocó una pluma entre los dedos mecánicos, poniendo después un montón de cuartillas en el atril que estaba conectado con el mecanismo. Momentos más tarde, la mano mecánica empezaba a reproducir, incansablemente, los estados de cuentas que Igor habla introducido por la ranura.

Pequeños «clic» se dejaban oír a intervalos diferentes.

Cada uno de aquellos sonidos significaba que la máquina había «aprendido» una letra de la muestra, dominándola perfectamente y reproduciéndola en todas sus variedades.

Igor esperó.

La máquina asimilaba la escritura de Simplon, dominándola por completo al cabo de una docena de minutos. Así se lo hizo saber a Domerenko, al encenderse una luz verdosa, lo que significaba que el «aprendizaje» había acabado.

Entonces el hombre se sentó al otro lado del aparato, donde había una máquina de escribir y rellenó, sirviéndose de un modelo que fue a buscar a su despacho, un documento por el que Charles Simplon vendía sus propiedades, por una cantidad determinada, a Richard Verant.

A medida que el testo de la máquina de escribir aparecía en la hoja de celofán colocada en el carro, la máquina iba reproduciendo, con su mano mecánica, cuanto escribía Igor. De esa manera, cuando éste terminó, no tuvo más que pasar al otro lado y tomar la reproducción exacta de lo que Charles Simplon hubiese sido capaz de escribir con su puño y letra.

No se trataba de una falsificación y ningún perito calígrafo hubiese podido encontrar la menor diferencia entre el escrito que la máquina acababa de hacer y un original del agricultor.

Igor sonrió.

Con aquel documento, Richard Verant podría entablar un proceso cuyo resultado no podía ser más que un éxito rotundo. Pero la

Asociación no trabajaba de una manera limitada y la segunda fase del plan arreglaría las cosas de una forma completa para la satisfacción del cliente.

* * *

El camión que Elías conducía tomó un camino a la izquierda, el que llevaba a la casa que Ocupaban los Simplon.

La mansión, debido a la humedad excesiva del terreno que la rodeaba, había sido construida sobre columnas de aluminio reforzado en una nueva aleación, de forma a mantenerla aislada del suelo. Una escalera monumental conducía a la primera planta —tenía cuatro—, situada a más de ocho metros de altura.

Stenowicht detuvo el poderoso vehículo viendo, al descender de él, la silueta de un hombre joven que había aparecida en la terraza y que bajaba por la escalera, saliéndose al encuentro.

Cuando el joven estuvo abajo, Elías Stenowitch se adelantó, haciendo un amable saludo con la mano.

—¡Buenos días, señor!

—Buenos días. ¿Nos buscaba usted?

—Me llamo Peter —mintió el polaco— y estoy visitando a todos los colonos: vendo perros.

Fred sonrió.

Era un muchacho alto, fuerte, de aspecto agradable. Sus cabellos negros estaban un tanto rizados y concordaban perfectamente con su piel morena. Llevaba un bigote recto y sus ojos, negros también, estaban llenos de vida.

—¿Perros en Venus? —inquirió sorprendido.

—Sí. Los he acostumbrado a este clima y son unos verdaderos auxiliares.

—Es curioso. Desde que llegamos a este planeta, hace ya tiempo, todos los colonos hemos intentado tener perros para, por lo menos, combatir a los únicos animales de la Tierra que se han aclimatado en este planeta: las ratas.

—Ya lo sé. He vendido muchos y todos mis clientes están contentos de los resultados obtenidos.

Sacó una cartera del bolsillo de su americana y entregó al joven algunas cartas de colonos en las que se afirmaba que los canes comprados a Peter Stuart, de Venusville, habían cumplido con su cometido y acabado con los antipáticos y destructores roedores de los cultivos hidropónicos.

—Todo esto es muy interesante —dijo el joven, devolviendo las cartas al visitante—. ¿Quiere usted subir a casa, por favor? Mi padre se alegrará de conocerle.

—Muy bien.

Subieron ambos y penetraron en un hall amplísimo y amueblado de una encantadora forma rústica. Una chimenea enorme, donde ardía un fuego eléctrico, que imitaba las llamas de la leña, ocupaba todo un ángulo de la estancia.

El hombre que se levantó cuando ellos entraron, era alto, tanto corno su hijo y había en él como la reliquia perenne de una fortaleza que debía haber sido formidable.

Fred dijo:

—Te presento al señor Stuart. Papá.

Se estrecharon la mano.

—Encantado, señor Stuart. ¿Qué le trae por aquí? Pero, por favor, caballero, siéntese... ¿Quiere beber algo?

—Muchas gracias.

—Sírvenos, Fred.

—Sí, papá.

Ante sendos vasos de «whisky», y después de haberse acomodado, no lejos del fuego, Elías volvió a explicar el motivo de su visita, enseñando nuevamente las cartas, que Simplon padre leyó con suma atención.

—¿Cómo ha podido usted hacer que los perros se acostumbren a Venus? —inquirió, después de devolver las cartas al visitante.

Había reconocido en algunas de ellas los nombres de amigos del principio de granjeros que habían llegado al planeta al mismo tiempo que él.

—Trabajé, de joven —repuso Elías—, en un Instituto de Zootecnia en Centroeuropa, dedicándose casi exclusivamente a los perros. Cuando Venus empezó a colonizarse y llegaren las primeras noticias de la imposible adaptación de los cánidos al ambiente de este planeta, me dije que merecería la pena estudiar el caso. Vine aquí, en viaje de estudios, y conseguí repetir la ambientación en el instituto, con los datos que me llevé de Venus.

»Lo más importante era vencer las enfermedades broncopulmonares de los perros, que eran el mayor «handicap» de su estancia aquí. Logré algunos éxitos y me dije que no se perdería el tiempo instalando un centro de reeducación en Venus. Y eso es lo que he hecho.

—Muy interesante.

—Naturalmente, mi victoria, aunque grande, es bastante limitada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, a pesar de mis triunfos, los perros deben permanecer, por lo menos seis horas al día, dentro ele unas casetas especiales, que vendo con los animales. Estas casetas revigorizan el aparato respiratorio de los perros, evitando las fulminantes pulmonías que ningún antibiótico lograba curar antes.

—Comprendo. Nosotros hemos luchado contra las ratas de mil maneras distintas: cepos, raticidas, vapores tóxicos. Hemos matado muchísimas, pero ya habrá usted oído hablar a los granjeros: esos bicharracos se reproducen a una velocidad loca y no hay nada que hacer contra ellos. Además, desde que llegaron a Venus, resisten todo lo que se hace contra ellas. Sólo los colmillos de un buen perro las ahuyenta y las mata a las más tenaces.

—Ése es el problema que me he encontrado a lo largo de mis viajes por las zonas de los colonos. Yo le aseguro, señor, que con mis perros no tendrá nada que temer.

Charles asintió, mirando a su hijo.

—¿Son muy caros?

—Mil dólares cada uno, comprendida la caseta en el precio.

—No está mal.

—De todos modos, suelo dejar los animales una docena de días antes de que se formalice el pedido. Si no le conviniesen, por lo que fuera, no tiene más que devolverlos.

El granjero sonrió.

—No es eso, señor Stuart. Confío plenamente en usted y el precio no me parece excesivo, ¡Imagínese que en una sola zona, el año pasado, perdimos cerca de seiscientos mil dólares de plantas devoradas por las ratas!

—Lo comprendo.

Hubo una pausa; luego preguntó:

—¿Trae los perros con usted?

—Sí. Siempre llevo media docena de ejemplares.

—¿Podemos verlos?

—Cuando quiera.

Salieron de la casa y una vez junto al camión, Elías oprimió el botón que hacía bajar la trampilla posterior, dejando ver media docena de jaulas en las que perros de varias razas empezaron a ladrar alegremente.

—Es emocionante —dijo Charles—. ¡Hacía años que no veía un

perro!

—Aquí no llevo más que mastines y pastores de Alsacia.

—Ya lo veo.

—No tiene usted más que elegir los que le convenga probar.

Una rampa surgió, al tirar Elías de una palanca, y las jaulas descendieron por ella, dejando ver a los animales por todos lados.

—¡Son magníficos! —no pudo por menos de exclamar Fred.

—Sí, hijo mío. Y, sobre todo, alegran la vista. Son como un mensaje de la vieja Tierra.

Los examinaron detenidamente, y por último Charles dijo:

—Voy a quedarme con estos cuatro alsacianos.

—Como usted quiera.

—¿Y las casetas?

—Las pongo en la parte delantera. Voy a bajarlas.

Eran rectangulares y estaban completamente construidas en aluminio, con un complejo aparato interior de calentamiento automático.

—Llevan pilas de duración Ilimitada —explicó Elías—. Da todas maneras, si una de ellas dejase de funcionar, cosa que es casi imposible que ocurra, se encenderá esta luz roja y usted puede llamarme para que la arregle. Aquí tiene mi tarjeta.

—¿Hemos de encerrar los perros el tiempo que dijo?

—No. Ellos mismos irán a la caseta cuando sea necesario. Están educados para ello.

—De acuerdo. ¿Cómo se llaman?

—No les he puesto nombre para que su propietario pueda llamarles como desee.

—Mejor así.

Instalaron las casetas en la parte baja de la casa y los animales, ya libres, fuera de las jaulas, demostraron su adiestramiento, entrando en las casetas, donde permanecieron inmóviles.

—Dentro de unas horas —dijo el polaco— podrán llevarlos donde deseen. Están preparados para cazar ratas. Y lo harán con un entusiasmo formidable. Ya saben ustedes que no es necesario que las maten todas. El olor de los perros las ahuyentará.

—Sí.

Subieron después a la casa, donde Charles firmó un cheque por cuatro mil dólares, que entregó al vendedor, acompañándole después Fred hasta que el camión desapareció en el recodo del camino,

El joven estuvo largo rato contemplando a los perros.

—Te gustan, ¿eh, hijo?

Fred sonrió.

—Ha sido una compra excelente, papá. Parecen muy inteligentes.

—Son formidables. Y, aunque no sirviesen para nada, tenerlos aquí me produce, ésa es la verdad, una emoción que bien vale los cuatro mil dólares.

—Es como si estuviésemos de nuevo en la Tierra, hijo mío. Durante muchos años, tu padre, así como tus abuelos y ¡os padres y abuelos de éstos, tuvieron siempre perros en sus propiedades. Aquí, en Venus, nos faltaba la presencia de nuestros viejos amigos.

—Me hubiese gustado comprar uno, más pequeño, para Monique.

—Ya tendrás ocasión de hacerlo. Tengo la tarjeta con la dirección de ese Stuart y puedes comprarle uno a la muchacha cuando vayas a la ciudad. Pero tienes que contar con el consentimiento de su padre.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese viejo Verant no piensa más que en el dinero. Y desde que los petróleos van de baja, debe ele estar furioso todo el día. ¡Es capaz de tirar el perro por la ventana!

—No creo que lo haga. Monique lo evitará.

—Conozco a Monique y sé que es una muchacha excelente. No ocurre igual con su padre y su hermano.

—No voy a casarme con ellos.

—Es verdad. Quizá me esté volviendo, también yo, un viejo gruñón intransigente.

CAPÍTULO III



NTRE la zona destinada a las grandes empresas de conserva y desecación, se levantaba un edificio imponente, sin ventana alguna, que era conocido por el «refrigerador».

Todos los camiones cargados de frutas y legumbres hidropónicas debían detenerse allí, entregando sus mercancías a los hombres de Celetti, que las colocaban en las gigantescas cámaras frigoríficas, en espera de que las fábricas de desecación y conserva las reclamasen.

Era un eslabón obligado.

Vittorio Celetti, un italiano rechoncho y de rostro adulador, había llegado a Venus seis años antes, con el suficiente dinero para, con ayuda de algunos Bancos, montar aquel edificio, ya que comprendió que el asunto merecía la pena.

Aquella mañana, en el coche que precedía los treinta camiones que poseía, Fred Simplon llegó con una carga impresionante de frutas. Como siempre, los vehículos penetraron en el interior del enorme patio central, yendo el joven al despacho del italiano que, como una caja de cristal, dominaba, desde el cuarto piso, todo lo que pasaba en el patio donde abocaban las cámaras.

Celetti estaba sentado en un sillón lo bastante grande para que contuviese su voluminosa humanidad. Sonrió, al ver entrar a su visitante y le ofreció asiento.

—¡Buenos días, amigo mío! —saludó.

—Buenos días, señor Celetti.

—¿Quiere beber algo?

—No, muchas gracias. He traído una carga completa.

—¿Ah, sí?

Había algo en el tono de la voz del italiano que no agradó al joven.

—Tengo prisa —dijo— y desearía pasar por la fábrica cuanto antes. ¿Dónde ponemos la carga?

El italiano se mordisqueó las uñas; luego dijo;

—No va a ser posible, caro...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que tengo todas las cámaras llenas... hasta los topes.

—¿Todos?

—Sí.

—Pero... ¿y qué vamos a hacer?

El otro se encogió de hombros.

—No sé... —dijo, después de un largo silencio.

Fred se mordió los labios.

—Veamos, señor Celetti —dijo, con tono conciliador—. Usted sabe como yo que las frutas no pueden quedar más de seis horas en este ambiente húmedo. Se cubren de moho en un santiamén. Hay que meterlas en las cámaras.

—Ya le he dicho que las tengo todas llenas. Ayer hubo una afluencia extraordinaria de carga.

—Nunca había ocurrido.

El otro sonrió.

—Alguna vez tenía que ser. He pensado, hace tiempo, aumentar las instalaciones..., pero no tengo el dinero suficiente.

—¿Y qué quiere usted que haga con todo lo que he traído? Mi padre se moriría del disgusto si se estropease la carga.

—No sé, amigo mío —miró fijamente al joven—; aunque podríamos encontrar una fórmula, si es que esa carga significa tanto para usted.

—¿De qué se trata?

—Tengo dos depósitos llenos de legumbres de tercera clase; ya sabe usted..., de esas que vienen de los colonos del Sur. Podríamos vaciarlas y poner sus frutas.

—¿Y qué pasaría con esas legumbres?

—Las tiraríamos.

—¡Pero eso supone una pérdida de dinero!

—Ochenta mil dólares, para ser exactos. Si está dispuesto a abonarme esa cantidad...

—¿Está usted loco? Le pago cinco mil por el alquiler de las cámaras y creo que es suficiente ganancia, ya que no están ocupadas más que un par de días, a lo sumo, ¡Pero ochenta mil dólares!

—Su carga debe valer tres veces más.

—¿Y eso qué?... Sabe que entre fletes y otras cosas la ganancia es mínima. ¿Cómo quiere que le demos ochenta mil dólares si es ésa,

poco más o menos, la cifra de nuestro margen de ganancia?

—Lo siento, amigo mío. Ya sé que esta vez ganarán poco..., pero es más importante conservar la Clientela, ¿no le parece? Yo no puedo hacerme cargo de una mercancía que no pase a las cámaras. Y, por otra parte, tampoco voy a pagar de mi bolsillo esas legumbres que habría que sacar para meter sus frutas.

Fred se dio cuenta de que no podía encontrar otra solución.

—Voy a dejar los camiones ahí e iré a consultar con mi padre. Tomaré un heliorreactor en el helipuerto y estaré aquí de vuelta en seguida.

—Bien. Le esperaré.

El joven salió de allí con el corazón destrozado. Se imaginaba el disgusto que iba a recibir su padre.

No había llegado aún al helicopuerto cuando Celetti llamó a su ayudante, Pat Colper.

—¿Cuántas cámaras tenemos vacías, muchacho?

—Once.

—Bien. Enciende en todas ellas la luz de «completo». Creo que he encontrado, por fin, la manera de hacer un verdadero negocio.

Y se sirvió un buen vaso de «whisky» como si brindase en honor de la idea que había tenido al entrar Fred Simplon.

Igor encendió otro cigarrillo.

—¿Cuándo vas a hacerlo, Elías?

El polaco, sentado en un cómodo sillón, respiró profundamente; luego, pasándose las manos por la frente, contestó:

—Hoy mismo. Lo tengo todo preparado. —Y consultando el reloj añadió—: Los perros están en sus casetas desde hace cuatro horas. No importa hacerlos salir ahora.

—¿Puedo llamar entonces a Verant?

Elías sonrió.

—¿Tan mal andamos dé dinero, Igor?

—No creas que nos sobra. Hemos empleado casi todo en tus cosas.

—No te preocupes. Ahora empieza nuestra buena racha. A partir de este momento, no voy a darte tiempo para contar los billetes.

— ¡Ya tengo ganas de que así sea!

Hubo una pausa larga; después el polaco dijo:

—Creo que habrá que dar una variación a nuestro negocio, Igor.

—¿Qué intentas decir?

—Muy sencillo. Hasta ahora hemos tenido que esperar a que ese

Pierre Leman nos proporcionase algunos clientes. Pero ha sido muy poca cosa.

—El asunto de ahora no lo es tanto.

—Es verdad, pero tú y yo sabemos que Leman nos ha ocultado algo importante: el motivo de que ese Verant quiera, a cualquier precio, los terrenos se los Simplon. Eso quiere decir que no podemos fiarnos de ningún colaborador que se presente. Por eso haremos el trabajo completamente solos desde ahora en adelante.

—¿Y Pierre?

—Lo eliminaremos. A partir de ahora, tú te dedicarás exclusivamente a buscar asuntos: los hay a montones.

—Sí.

—Yo me ocuparé de la parte técnica. Realizaremos las eliminaciones de una manera perfecta. Y cobraremos, ¿para qué interesarnos de otros asuntos? Al mismo tiempo la máquina imitadora puede darnos muchos beneficios, ya que podemos copiar documentos de la mayor importancia o crearlos, si fuese necesario.

—Comprendo.

—Los perros no los utilizaremos más que en trabajos delicados. Tenemos pocos y es posible que en el asunto que nos ocupa ahora no podamos recuperarlos, aunque haré lo imposible por lograrlo.

—Tú dijiste que podías hacerlo.

—Sí, pero hay que pensar en todos los imponderables que pueden presentarse.

—Es verdad.

Hubo una nueva pausa y después Elías dijo:

—Voy a poner en marcha el emisor de infrasonidos. Ha llegado la hora de que los Simplon desaparezcan.

* * *

Con los nervios destrozados y presa de una agitación creciente, Fred dio el máximo de poder a su helirreactor, que había alquilado en el helipuerto de Venusville, dirigiéndose hacia su casa.

No podía olvidar ni dejar de prever el disgusto que se iba a llevar su padre.

Todavía no comprendía perfectamente los madejos de Celetti, pero le extrañaba sobremanera que el italiano se prestase a algo tan sucio. Nunca, hasta aquel día, había existido el menor problema respecto a las cámaras frigoríficas. Y justamente, en aquella ocasión, cuando se había recogido una cantidad formidable, de la de mejor

clase, aparecía el problema de una manera desesperante, haciendo inútil todo el esfuerzo de los últimos meses, ya que la mayor, parte de la ganancia se iba a ir directamente a los bolsillos de Vittorio

¿Y qué pasaría si aquello volvía a repetirse?

No era que las cosas marchasen mal a los Simplon; en realidad, no podían quejarse, pero las ganancias, con los fletes de los astrocargos, siempre muy elevados, no dejaban margen para cubrir gastos extraordinarios como los que planteaba en aquel momento Celetti.

¡Maldito puerco!

Fred se echaba encima, en aquellos instantes, la culpa de no haber mirado hacia las cámaras, para haber comprobado si en realidad todas ellas estaban ocupadas— bastaba mirar las luces rojas que lo señalaban. Porque, de una manera insidiosa, la idea de que el italiano quería estafarle se iba abriendo paso en su mente.

Lo importante, por el momento, era salvar la fruta que había dejado en la ciudad.

Aceleró aún más y momentos más tarde sobrevolaba sus terrenos. La vista de las extensas propiedades que pertenecían a su padre y que un día serían suyas, le hizo pensar en Monique y en lo feliz que podrían ser si las cosas seguían por el buen camino.

Venus había sido una colonia normal hasta que la ciudad se fundó, atrayendo a gentes de todas clases y de todas nacionalidades, que no pensaban más que en sacar beneficios fáciles, sin tener que vivir en los campos húmedos ni luchar, para ganar el pan de cada día, contra los miles de inconvenientes contra los que peleaban los colonos.

La imagen repugnante de Celetti volvió a su mente y le vio, orondo y lirondo, sentado en su cómodo despacho, sin más preocupación que recibir los cheques que los colonos le pagaban por alquilar sus cámaras.

¡El muy granuja!

La vista de la mansión, con su terraza dispuesta para el aterrizaje del helirreactor —él poseía uno que su padre le había regalado el año anterior—, le hizo volver a pensar en lo que debía explicar al viejo.

Se sentía molesto.

Desde el aire y ya preparándose para posarse sobre la terraza, echó una ojeada a las casetas de los perros, suponiendo que los animales debían estar en ellas, si es que el administrador no se los había llevado de cacería a las zonas donde pululaban las ratas.

El aparato se posó blandamente y Fred saltó a tierra, dirigiéndose hacia la escalera que conducía al interior de la casa.

Bajó los escalones de cuatro en cuatro.

Había un silencio extraño en la casa, una quietud desagradable y opresiva, como una sensación de ahogo.

Atravesando una salita en la que desembocaba 1a escalera, el joven abrió la puerta del salón donde, de costumbre, solía estar su padre cuando no trabajaba en el despacho.

El espectáculo que apareció ante él le heló la sangre en las venas.

Parecía como si una lucha espantosa se hubiese desarrollado allí. Muchos muebles estaban volcados y un par de jarrones yacían en el suelo, hechos pedazos.

Pero no fue aquello lo que aterrorizó a Fred. En medio del salón, sobre la alfombra repleta de sangre, yacía el cuerpo de su padre; es decir, un guiñapo informe, destrozado, despedazado...

El terror fue tan fuerte que, por un momento, dominó a todas las demás sensaciones dolorosas que la escena despertó en su alma. Fue después cuando sintió la significación real de la pérdida que acababa de sufrir.

Las huellas que había en el suelo no podían ser más evidentes.

¡Eran huellas de las patas de los perros! Y no había más que ver el cadáver de Charles para llegar a la horrible conclusión de que habían sido los canes los que le destrozaron de aquella espantosa manera.

¿Qué había ocurrido allí?

Loco de furor, cegado por la rabia que se apoderó de él por completo, el muchacho corrió hacia un armario y sacó uno de los fusiles, que cargó con dedos temblorosos; después, sin atreverse a mirar al muerto, salió como una exhalación de la habitación, corriendo escaleras abajo hacia el porche de la casa.

¡Los mataría a todos!

Pero no encontró nada. Sólo las casetas vacías, recordando entonces que no había visto a los animales desde el helirreactor.

No podía explicarse cómo los perros habían atacado de aquella manera espantosa a su padre. Rememorando los detalles del día anterior, recordó que los animales, una vez fuera de las jaulas donde habían llegado, se mostraron mansos hacia los hombres.

—¿Qué ha podido ocurrir, Dios mío? —se preguntó, en voz alta.

Estuvo tentado de volver a la casa, pero una sensación de horror se apoderó de él al imaginar que tendría que ver de nuevo los restos de su padre. Permaneció allí, a la entrada, con el rifle en la mano, sin saber qué hacer. Finalmente, se alejó, caminando hacia la casa del administrador, deseoso de comunicar a alguien su desgracia y que le ayudasen a pasar aquellos horribles momentos.

Atravesando el camino que llevaba a la General Road, llegó a la pista, pasando al otro lado y tomando la senda estrecha que llevaba a casa del administrador. Ardía en deseos de tener alguien a su lado.

Casi tropezó con el cadáver.

Se sobresaltó al reconocer a Harry, el administrador, a pesar de que el cuerpo había sido mutilado por las ratas. Tampoco se le ocultó que aquel desdichado llevaba muchas horas allí, abandonado a un lado del camino.

Por otra parte no era raro que nadie lo hubiese descubierto aún, ya que los trabajadores habitaban mucho más lejos y era generalmente Harry quien iba a darles instrucciones cuando era necesario.

Retrocedió nuevamente hacia su casa.

Podía llamar a la policía de la ciudad, pero deseaba hablar antes con alguien, oír una opinión que no fuese la suya; en fin, tranquilizarse un poco y orientar, en lo posible, el caos de ideas que bullía en su mente.

Al llegar ante su casa, pasó al garaje y sacó su coche particular, un tetrarreactor rapidísimo. En él, sin pensarlo más, corrió hasta la carretera, tomando automáticamente el camino que conducía a la casa de los Verant.

Estaba seguro de que la presencia de Monique, e incluso de su hermano y su padre, podrían servirle de mucho, ya que era imposible que aquellos hombres no le echasen una mano en las terribles circunstancias en que se hallaba.

No tenía muchas simpatías a los Verant, sobre todo al padre, al haberse enterado por la muchacha de que Georges no veía con muy buenos ojos sus relaciones con él; pero, en aquellos momentos, aquello no significaba nada ante la tragedia que se habla precipitado sobre él.

Cubrió las doscientas millas que le separaban, de la casa de los Simplon en un tiempo «record», frenando junto a la elegante mansión, después de atravesar los terrenos petrolíferos que pertenecían a aquella familia,

En contra de la vida austera que llevaban los Simplon, los Verant se habían rodeado de toda clase de comodidades y su casa estaba llena de criados y servidores. Uno de ellos recibió al joven, haciéndole pasar a un lujoso salón en el que, incapaz de sentarse, esperó, yendo de un lado para otro, presa de un nerviosismo creciente.

Cuando Georges Verant apareció, con el entrecejo fruncido, Fred se dio cuenta de que su visita no era agradable en aquella casa; pero, haciendo de tripas corazón, estrechó la mano que el otro le tendía.

—Ha ocurrido algo horrible, señor Verant —dijo—: mi padre ha

muerto y he encontrado el cadáver de mi administrador junto al camino de su casa.

—Serénate, muchacho. Ven y siéntate. Ahora me lo explicarás todo. Comprendo tu nerviosismo.

En aquellos momentos, las palabras del viejo le hicieron un bien inmenso y dejándose llevar por el otro, tomó asiento, bebiendo también el vaso de «whisky» que Verant le dio.

Luego le explicó, con todo lujo de detalles, lo que había ocurrido.

Georges le escuchó atentamente, sin interrumpirle una sola vez; después, cuando el joven terminó su relato, dijo:

—Todo eso es horrible, muchacho. ¿Cómo pudo ocurrir?

Fred dijo:

—Lo ignoro.

—¿Los perros eran normales?

—Por completo. Yo los acaricié, inclusive, cuando los soltaron de las jaulas. Eran unos animales formidables.

—Es incomprensible. ¿Y lo del administrador? ¿También fueron ellos?

—No lo sé.

—Creo que tendrías que llamar a la policía, Fred.

—Eso es lo que haré, señor Verant.

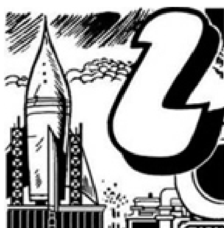
—Richard está ahora en la ciudad y no creo que tardará mucho en volver. El puede acompañarte a la Central de Policía.

—Muchas gracias.

Se veía que el viejo Verant estaba sinceramente compungido por lo que había ocurrido a su vecino.

—Voy a llamar a Monique —mijo después de una pausa— para que nos haga compañía. Mi hijo llegará pronto; pero, por el momento, voy a decir que nos sirvan algo.

CAPÍTULO IV



A reacción de Monique fue muy distinta de la de su padre. Lloró, junto a Fred, sintiendo en el alma haber perdido a un futuro padre político por el que sentía una gran veneración. Había estado muchísimas veces en la casa de Fred y siempre recibió de su padre un trato repleto de ternura.

—Papá tiene razón —dijo, mientras servía el té a Fred—. Hay que avisar a la policía para que castigue a ese hombre que les vendió los perros. Es indudable que esos animales debían estar rabiosos.

Fred frunció el ceño.

—Si es así —repuso— tendré que dar la voz de alarma. ¿Te imaginas lo que ocurriría si llegasen a los poblados de los colonos? Allí hay niños y mujeres indefensas.

—Tienes que ir a la ciudad en cuanto Richard vuelva.

—Eso haré.

Tuvieron que esperar, no obstante, cerca de dos horas antes de que el helirreactor del joven Verant se posase sobre la terraza de la casa. Momentos después, un tanto sorprendido por la presencia de Fred, Richard escuchó el relato que su padre le hizo de los acontecimientos que el joven Simplon le había contado.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para simular sus sentimientos, ya que venía directamente del despacho de la Asociación donde, a cambio de la escritura de propiedad, había firmado un

cheque por un millón de dólares, cantidad que naturalmente había de pedir a su padre.

Pero no era el momento de hacerlo.

De todos modos, pensó que Fred hubiese también desaparecido, aunque no exigió tal cosa de la Asociación y Domerenko le había demostrado cumplir lo que había prometido.

No obstante, no acababa de explicarse el papel trágico que los perros habían jugado en aquel asunto, ni tampoco se imaginaba que Simplon sufriese un fin tan espantoso como aquél; pero, por encima de lo poco que podía ya reprocharle su conciencia, adormecida por lo que le ofrecía el futuro, estaba una sensación de poder que le embargaba, al pensar en que iba a convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo.

Los yacimientos de uranio en laTierra se agotaban a toda velocidad y los pocos hallados en Marte no eran suficientes para la demanda de mineral radiactivo Que llegaba de todas partes.

Si sus cálculos no estaban equivocados y el mineral se encontraba a todo lo ancho y largo de las propiedades de los Simplon, sería envidiado por todos los pobladores de Venus.

—Yo creo —decía en aquel momento su padre— que deberías acompañar a Fred a la Policía. Este asunto no está nada claro y es necesario que la ley intervenga.

Richard no pudo evitar un estremecimiento.

Pero, recordando las palabras del ruso, se tranquilizó, ya que Domerenko le había asegurado que no tenía nada que temer, siempre que pagase el millón de dólares que había firmado en el talón que dejó allí.

¿No era el momento preciso de poner las cartas sobre la mesa?

Después de todo, ¿qué le importaba Fred? Su hermana podía acompañarle a la ciudad, ya que él debía preparar todo para hacerse cargo de los terrenos que hasta aquel momento habían pertenecido ai padre del muchacho.

Por éso, después de morderse ios labios y mirando a Fred fijamente, dijo:

—Es un momento muy delicado para mí, amigo mío. Justamente, el accidente sufrido por tu padre me obliga a decirte algo que, hubiese querido comunicarte en otras circunstancias... Había pensado reunir a las dos familias y hacerlo en medio de un ambiente de alegría.

—¿Qué quieres decir?

¡Cómo le costaba encontrar las palabras adcuadas¡

Se decidió a decir las cosas como saliesen, sin estudiarlas.

—Hace una semana —su voz, a pesar de todo, sonaba a falso—, compré todos los terrenos a tu padre, Fred.

—¿Eh?

Su asombro se leyó, no solamente en el rostro del joven, sino en el de Monique y el padre de Richard.

Éste frunció el entrecejo al mirar a su hijo.

—¿Te has vuelto loco? —inquirió, después de un penoso silencio.

Richard esbozó una sonrisa.

—Quería darte una sorpresa agradable, padre. El señor Simplon me dijo que tenía intención de volver a la Tierra, que estaba cansado de estar aquí...

—¡Eso es mentira! —rugió Fred, sin poder contenerse.

Pero el otro no se encolerizó. Y con voz suave dijo:

—Es verdad, amigo mío: tu padre me vendió todo y aquí tengo la fotocopia de la escritura. Toma...

Las manos de Fred temblaban tremendamente cuando se apoderó del documento, al que miró con horror.

Tuvo que rendirse, no obstante, a la evidencia, aquela era la escritura de su padre y la firma no podía ser de nadie más que de él. Ninguna falsificación era posible. Porque él conocía la letra de su padre con todo detalle y no faltaba ninguno en aqúel largo documento.

Un sudor frío empezó a perlar su frente.

—No lo comprendo... nunca me dijo nada.

—Querría, seguramente, darte una sorpresa. Ya te he dicho antes lo que lamento que sea en estas dolorosas circunstancias cuando me he visto obligado a darte esta noticia...

Era como si una losa hubiera caído bruscamente sobre su pecho, haciendo su respiración dificultosa.

—No comprendo... —balbució de nuevo.

Pero tuvo que rendirse a la evidencia.

Estaba solo, desposeído de sus bienes, con unos "miles de dólares en su cuenta particular, en un mundo al que había amado entrañablemente y que, de golpe, se le aparecía hostil, cerrado a piedra y lodo ante él.

Levantó los ojos y miró a Monique.

¿Cómo podría ahora, pobre y solo, aspirar al amor de aquella muchacha, que era lo único que le quedaba?

¡Ridículo!

Pensó en su padre, sin rencor, doliéndole solamente el que no le hubiese hecho partícipe de sus planes. Naturalmente, Richard tenía razón al decir que esperaba darle una sorpresa, pero nunca hubiera imaginado su calibre verdadero.

—Voy a irme —dijo, poniéndose en pie—. Tengo que recoger mis cosas y disponer el entierro de mi padre y del administrador. Además, deseo saber si los perros han ido hacia los pueblos de los colonos.

—Puedes tomar mi helirreactor —dijo Richard.

—Lo tomaré, gracias. Y te lo dejaré en la terraza de tu....nueva casa. Allí está el mío, que me llevaré.

Estrechó la mano de los dos hombres y acompañado por Monique se dirigió hacia la terraza de la casa. Mientras subían, no se dijeron nada.

Una vez junto al aparato, ella le cogió por el brazo.

—¿Qué vas a hacer, Fred?

—No lo sé aún.

—No irás a creer que he cambiado respecto a ti, ¿verdad?

Él le sonrió.

—Debías hacerlo, querida.

—¿Por qué?

—Porque yo ya no puedo ofrecerte todo lo que necesitas. Olvidas que soy un Don Nadie, un hombre que tendrá que trabajar en cualquier parte: un muchacho sin porvenir brillante.

—¡Eso no me importa!

—Lo dices ahora, pero si te vieses obligada a convivir con un hombre como yo, en medio de un ambiente mediocre, faltándote todo a lo que estás acostumbrada... ¡No, Monique! Por todo lo que te quiero, he de ser yo el primero en evitarlo.

Se arrojó la muchacha a sus brazos, buscando los labios de él.

—¡Sigues siendo el mismo para mí, Fred!

—Gracias, Monique. Pero, por lo menos, deja que el tiempo pase y que las cosas se aclaren un poco. Es posible que la suerte no me abandone del todo. Si para entonces sigues queriéndome, volveré a buscarte.

Ydesasiéndose de los brazos de la muchacha, subió a la cabina, cerrando rápidamente.

Momentos más tarde, el aparato se elevaba, poniendo rumbo a la antigua mansión de los Simplon.

* * *

El lujoso coche de Domerenko se detuvo a la entrada del «Frigorífico», el edificio sin ventanas, aquella masa de hormigón armado que era el reino de Celetti.

Por las seis entradas que tenía, los camiones de los colonos no dejaban de entrar y un hormigueo de obreros y empleados hervía en el patio, colocando los preciosos alimentos en las cámaras.

Igor, por el pasillo lateral, libre de paquetes y bultos, se dirigió hacia la escalera que conducía a aquella especie de nido de plástico transparente que era el despacho del italiano.

Entró sin llamar.

Celetti, que vigilaba, de espaldas a la puerta, el trabajo del patio, se volvió al oír los pasos detrás de él, mirando al recién llegado con el ceño fruncido.

— ¡Hola! —saludó Domerenko, sentándose.

Y como el otro no dijese nada, molesto dé haber sido interrumpido de aquella manera, censuró:

—No hace falta que tome aires de gran hombre, Celetti: vengo a proponerle el asunto más grande de su vida.

—Tengo bastante con el mío.

—Eso no es verdad. Usted, y eso me complace, es un hombre ambicioso, alguien que se ha dado cuenta de todo lo que puede hacerse en un planeta romo éste, que está aún por explotar a fondo. ¿No le interesa convertirse en un hombre poderoso, señor Celetti?'

—Depende de la forma.

—Eso corre de mi cuenta. He estado estudiando su negocio y he visto que hay una cosa que cojea.

—¿Cuál?

—La fábrica de conservación y desecación. Son ellos, es decir, el señor Hoffmann, quien se lleva los beneficios más grandes. ¿No es .cierto?

—Naturalmente, pero él también tiene las instalaciones de más valor y su trabajo le ha costado montarlas.

—¿Valen mucho dinero?

El italiano sonrió.

—Más de mil millones.

—Lo suponía. Usted, si quisiera, podría comprarlas.

Vittorio se sobresaltó.

—¿Está loco? Creo que le han dejado escapar de un manicomio, señor...

—Hermann, Lewis Hermann.

—Sigo pensando lo mismo.

—Pues se equivoca. Yo puedo hacer que esas factorías sean suyas por una cantidad no exagerada: pongamos doscientos millones.

Celetti se encogió de hombros.

—Me está usted haciendo perder un tiempo precioso, señor Hermann. Si alguien se acerca a Hoffmann y le ofrece doscientos millones por su industria, tira por la ventana a quien se atreva a reírse de él a sus propias barbas.

—Es que yo voy a ofrecerle tres mil millones.

—¿Me está tomando el pelo?

—No, Celetti. y basta de interrupciones. Voy a exponerle mi plan y, si me deja terminar de hablar, verá cómo le conviene.

—Está bien.

Igor encendió un cigarrillo, hablando durante cerca de media hora. A medida que iba exponiendo sus razonamientos, los ojos del italiano adquirían un nuevo brillo, con una intensidad creciente.

Olvidó por completo el patio y cuanto se hacía; allá abajo. Bebía materialmente las palabras de su visitante y cuando éste terminó de hablar.

—¡Es formidable! —exclamó.

—¿Se da cuenta de que no estoy loco?

—Sí… —una sonrisa de satisfacción abría los labios gruesos del italiano—. No está usted loco, señor Hermann:

—¿Entonces?

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Voy a darle algunas facturas de Hoffmann, firmadas por él. Pero —y su rostro se endureció—, debemos quedar de acuerdo que yo no haré nada.

—Naturalmente. Usted se limitará a pagarnos en cuanto haya entrado en propiedad de las instalaciones de Hoffmann. ¿No es así?

—Así es.

Entregó las notas a Igor, estrechando calurosamente la mano de su visitante. Y cuando éste hubo abandonado el local, Celetti, mirando al patio, sonrió de nuevo, trenzando por anticipado todo lo que un futuro inesperado iba a poner al alcance de su mano.

* * *

—Pase usted, señor Simplon.

Fred penetró en el despacho del jefe de policía, dejándose caer en

el sillón que el otro, con un gesto, le había ofrecido.

El policía encendió un cigarrillo y después de consultar unos papeles que tenía sobre la mesa dijo:

—Le he convocado para comunicarle el estado de nuestras investigaciones. Cuando me habló por teléfono, yo le rogué que no hiciese nada, ya que usted carece de la experiencia necesaria para realizar los trabajos que nos compiten a nosotros.

Hizo una pausa; luego continuó:

—También ha de perdonamos por haber retardado el entierro de su padre y el del administrador. Ya comprenderá que el laboratorio médico-legal debía forzosamente estudiarlos antes.

—Lo comprendo.

—Todo está preparado para que el entierro se realice mañana. Nuestros técnicos han acabado de examinar los cuerpos.

Y como el joven no dijese nada prosiguió el policía:

—La causa de la muerte de su padre ha sido, sin duda alguna, el ataque de los cuatro perros. En cuanto al administrador, murió asesinado y estamos seguros de que ambas cosas no se relacionan en absoluto.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que lo del señor Simplon fue un accidente desgraciado, cuya esencia se nos escapa por desdicha. Hemos encontrado a los perros, vagando en las proximidades de la ciudad y nuestros peritos les han observado, sacrificando dos de ellos: estaban completamente sanos.

—¡Pero destrozaron a mi pobre padre!

—Debió de ser, como dije antes, un desdichada accidente. Su padre debió de encolerizarlos y los animales perdieron el control. No hay otra explicación.

»En cuanto al asesinato del administrador, que murió de una cuchillada en la nuca, nuestros inspectores están trabajando activamente y es posible que encuentren, más tarde o más temprano, una pista que nos oriente hacia el asesinato. De todos modos, no hay huellas por parte alguna y eso retrasará, evidentemente, nuestras pesquisas.

—¿Y no cree usted que haya relación entre arabos hechos?

—En absoluto.

—Sin embargo, el administrador llevaba una cartera de documentos que ha desaparecido.

—Ya lo sabemos, Quizás el asesino creyó que llevaba dinero y por eso le atacó.

Hubo una pausa larga y después Fred preguntó:

—¿Ha hecho usted averiguaciones respecto al escrito de venta de mi padre?

—Sí. El señor Verant aceptó toda clase de verificaciones y nuestros peritos calígrafos tuvieron tiempo para estudiar ese escrito, comparándolo con otros. Los resultados no pueden ser más claros: nadie que no fuese su padre de usted pudo escribir el acta de venta. Ya sabe que, desde siempre; es decir, desde casi nuestra llegada a Venus, exigimos que las transacciones comerciales se hagan con documentos escritos por puño y letra del vendedor: así hemos evitado siempre posibles errores.

—Sí, ya lo sé.

—No sabe cuánto lamento lo ocurrido a su señor padre; pero, dentro de la desgracia, me congratula el que no haya sido víctima de un hombre como el que atacó a su administrador.

—De todas formas —repuso el joven—, me gustaría que me comunicase lo que pudiesen averiguar respecto al asesino de Harry.

—Lo haremos con mucho gusto. ¿Va a dejarnos sus señas?

—Sí. Por el momento y mientras decida otra cosa, me quedaré en la ciudad, en el Hotel Central, donde he tomado una habitación.

—Perfectamente.

Fred se puso en pie, dándose cuenta de que la entrevista había terminado.

Poco después, con la mente confusa, salía del Comisariado Central de Policía de Venusville.

Una sensación de duda se había apoderado de él.

CAPÍTULO V



SDE que trabajaba en la Asociación. Sonia Federovna había cumplido a ciegas las órdenes que Igor le había dado. Enamorada de él desde antes de llegar a Venus, cuando se conocieron en Europa, un poco antes de encontrar a Elías, no veía más que por sus ojos y tenía toda la confianza puesta en aquel hombre que, sin ningún género de dudas, estaba llamado a ser uno de los más poderosos del mundo.

Sonia vivía en medio de un lujo en el que jamás había podido soñar, ya que la condición humilde en la que había nacido no le auguraba, durante su infancia, nada agradable.

Pero todavía quería más.

Estaba segura de que muy pronto dejaría de vivir en aquel apartamiento y tendría su palacete, como muchos otros que lo poseían ya en la zona residencial de la ciudad. También poseería su vehículo propio y hasta su helirreactor y podría hacer viajes de turismo y placer, con Igor, a la Tierra.

Nunca había tenido escrúpulo alguno y llevaba a cabo el trabajo que la encomendaban, segura de hacerlo bien y de no fallar jamás. En cuanto al compañero del hombre que amaba, Elías, el misterioso hombre de ciencia, poco le importaba, aunque le respetaba mucho y sabía, más por lo que Igor le había dicho que por lo que hablaba con él, que era un elemento importante, y decisivo, en la marcha de los asuntos de la Asociación.

Aquella mañana, sentada en uno de los bares cercanos a la Central de Policía, esperaba pacientemente, como otras veces. Igor le había dejado su coche y ella iba vestida con una elegancia un tanto rebuscada y que valorizaba aún más su innegable belleza.

Cuando el hombre apareció en la entrada del establecimiento, ella le sonrió y estrechó su mano con calor, mirándole mientras él so sentaba junto a ella.

—¡Hola, Sonia!

—¡Hola, Frederick! ¿Qué vas a tomar?

—Nada. He estado toda la noche de guardia y he bebido café en una cantidad tal que estoy intoxicado.

Sonia dijo:

— ¡Pobrecillo! Si quieres, damos un paseo.

—Será lo mejor. ¿Te ha dejado el coche?

—Sí; pero, por favor, no pongas esa cara, pronto tendremos el nuestro. ¿No es verdad?

Frederick Parson frunció el entrecejo.

¡Claro que quería poseer un coche! Pero el precio que había de pagar por él lo tenía un poco asustado; aunque, en el fondo, estaba ya más que harto de vivir en medio de una mediocridad que le asqueaba. Lo había intentado todo, desde que conoció a Sonia, por aumentar sus ingresos. Pero no logró nada positivo y tuvo, finalmente, que escuchar el canto de sirena de la linda muchacha.

Ella conocía —según dijo— a alguien que coleccionaba autógrafos y trozos manuscritos de las personalidades más relevantes de Venus. Y aquel hombre deseaba poseer una muestra de la del jefe de policía para completar su colección.

Se lo había dicho con sencillez, con palabras cargadas de inocencia y que alejaron de la mente de Parson toda idea suspicaz, todo pensamiento de reserva y desconfianza; pero, de todos modos, él era policía y debía sopesar las cosas antes de decidirse.

Claro estaba que un trozo de escritura de su jefe, con su firma, estaba al alcance de muchísimos, sin tener que hacer nada reprochable por apoderarse de ello. No obstante, Frederick, había dudado, estudiando los pros y los contras, hasta desmenuzar la cuestión todo lo posible.

Porque lo verdaderamente sospechoso era que el coleccionista estuviese dispuesto a pagar por aquel trozo de escritura una cantidad suficiente como para comprar un coche último modelo.

Ella le habló, innumerables veces, de aquel tipo, caprichoso e inmensamente rico, que podía permitirse aquellas absurdas excentricidades. Y ahora, que Frederick habla llegado a la conclusión de que nada malo había en lo que se le pedía, miraba el coche que le habían prestado a la muchacha con los ojos abiertos por el deseo.

Pagó la consumición de Sonia y cogiéndola familiarmente del brazo, se dirigió hacia el lujoso vehículo.

—¿Me dejarás llevarlo hoy, querida?

Ella le miró, sorprendiendo una lúa alegre en sus pupilas.

—Sí, cariño.

Atravesaron la ciudad, tornando una carretera que les llevó hacia

una zona donde, con máquinas modernas, se estaba construyendo un bosque enorme, después de vencer la humedad pegajosa de la tierra venusiana. Aquél iba a ser un centro de divertimiento formidable cuando estuviese acabado.

Había multitud de caminos y Frederick, dichoso de tener el volante de un poderoso vehículo entre sus manos —de un coche que podía ser igual «al suyo»—, maniobró hábilmente, disfrutando como nunca lo había hecho.

Después se detuvo, al final de una de aquellas carreteras.

—Tengo la muestra que me pediste, Sonia.

—¿De verdad?

—Sí; pero, antes de dártela, quiero decirte algo a lo que aún no me había atrevido.

—Te escucho.

—He ahorrado lo suficiente, haciendo algunas cositas —sonrió—, un poco fuera de lo legal, pasé comprar un hotelito pequeño en la nueva zona este de la ciudad. Ahora, con el coche, tendremos lo suficiente. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

La cogió los brazos y con pasión dijo:

—¡Estoy loco por ti, amor mío! Podemos casarnos en seguida e irnos a vivir a nuestra casita. Muchas veces, en estos últimos tiempos, me has hablado de tus deseos de dejar de trabajar en esa oficina, de tener tu propia casa y tu coche. Ahora puedo ofrecértelo todo. ¿Entiendes?

—Sí, cariño.

—Tú entregas esa hoja al coleccionista y mañana mismo podemos casarnos. ¿Dónde nos veremos?

—Aquí mismo. Sólo que mañana tendré mucho trabajo, ya que no quiero dejarlo todo patas arriba, y saldré un poco tarde.

—A la hora que quieras.

Y la besó, sintiéndose el hombre más feliz de Venus.

Luego, buscando en sus bolsillos, sacó una hoja de papel donde el jefe de la policía, Mike Larson, había hecho unas notas. En la parte inferior estaba la firma.

—¿Crees que será suficiente, cariño?

—Sí —sonrió—. ¡Y si no lo es, que se aguante!

Rieron los dos.

—Mañana estaremos en nuestra casita, cariño. Esta misma tarde haré la escritura, entregaré el dinero e iré a verla para que mañana

elijamos los muebles que más te gusten.

—¡Va a ser encantador!

Charlaron animadamente de muchísimas cosas más; luego, a un ruego de la muchacha, puso el coche en marcha, regresando a la ciudad. Bajó del vehículo en las proximidades de la Central.

—Hasta mañana, amor mío. A las nueve.

—Adiós, Frederick.

Antes de volver a la Asociación, Sonia fue con el coche a la zona residencial, paseando entre los lujosos edificios, dotados de todas las comodidades imaginables.

¿Cómo quería aquel estúpido policía que ella fuese a vivir a un hotelito barato, con sus cuatro habitaciones, un cuchitril infecto?

Sonrió.

Lo importante era el papel que llevaba en el bolso y que sería un punto más ganado para poder colmar sus sueños de siempre.

* * *

—Siéntese —dijo Hoffmann.

Miró curiosamente a su visitante, como si no se atreviese a dar crédito a sus ojos.

—¿Sigue usted dispuesto a comprar? —inquirió.

— ¡Naturalmente! —repuso Igor—, ¿Por qué duda usted?

—Es que, con toda franqueza, me parece imposible. Desde luego, ignorando sus proyectos respecto a la explotación de mis instalaciones de conservación y desecación de frutas y verduras hidropónicas, no puedo encontrar lógico el que usted me pague tres mil millones por una cosa que vale, a lo sumo, mil quinientos,

—Tengo el suficiente dinero pare, permitirme esos lujos. Además, como usted acaba de decir, deseo mejorar todo esto, cambiarlo de arriba abajo y darle la importancia que me permitirá recuperar mi dinero en unos pocos años.

Hoffmann se encogió de hombros.

—Ya sé que hay gustos para todo; pero, siempre con la misma franqueza, yo emplearé los tres mil millones en asuntos en la Tierra, dejando este planeta donde he pasado demasiado tiempo.

—Lo comprendo.

Hoffmann abrió un cajón de su mesa de despacho.

—Aquí tiene usted la copia de la escritura que, naturalmente, no está firmada. ¿Cuándo habrán terminado sus abogados de estudiarla?

—Hoy mismo. Antes de la noche le telefonearé para darle mi conformidad. ¿A qué hora puedo hacerlo?

—A la que quiera. Yo estoy aquí hasta muy tarde.

—Perfectamente. Así, mañana por la mañana, podré venir para entregarle el dinero, en efectivo, ya que no admite usted cheques.

—Perdóneme, amigo mío, pero yo soy un hombre un tanto chapado a la antigua y prefiero el dinero contante y sonante... aunque abulte un poco. Tengo mi astrocohete particular, la única cosa en la que pensé desde, que llegué aquí. ¡Yo no fui de los estúpidos que quemaron las naves!

Igor se puso en pie.

Había cogido la copia de la escritura y guardado en la cartera que llevaba bajo el brazo.

—Estamos —dijo—, pues, de acuerdo. Le llamaré esta noche y quedaremos para mañana.

—Eso es.

Una vez fuera del edificio y ya en su coche, Domerenko, antes de regresar a la Asociación, consultó un cuadernito en el que, en caracteres cirílicos, había anotado lo que debía hacer:

a) Visita a Celetti.

b) Compra de una mansión en la zona residencial para Sonia y él.

c) Asunto Frederick Parson.

Este último debía hacerse a las nueve de la noche y, por lo tanto, se vería primero con Elías,

Penetró poco después en el despacho del Italiano, que le recibió con una amplia sonrisa, invitándole a beber.

—Todo está arreglado —dijo Igor—. Mañana será usted dueño de las fábricas de Hoffmann.

—¡Me parece mentira!

Domerenko sonrió.

—Prepare el dinero para mañana sin falta. A cambio, le entregaré también mañana la escritura de venta a su nombre.

—Lo tendré todo preparado. Aunque daría cualquier cosa para saber cómo se las ha arreglado.

—Eso no importa. ¿No le parece?

El italiano se mordió los labios.

—Es verdad. Tiene usted razón.

Momentos más tarde, cuando Igor abandonó el despacho de Vittorio, éste pulsó frenéticamente un botón, haciendo que se

encendiese la pantalla del intervisófono.

El rostro de un hombre apareció allí.

— ¡Sigue al tipo que acaba de salir de aquí, Pat! Todavía no debe de haber llegado a la calle.

—Está bien.

—Quiero saber quién es y dónde vive, así como si está solo o colabora con alguien. Es muy importante.

—Pierda cuidado, jefe; no se me escapará.

—Bien.

Y cortó.

Entretanto y sin sospechar que le seguían, Igor se dirigió a las oficinas donde vendían las mansiones de la zona residencial. Firmó un compromiso de compra por una, situada en el centro del barrio y compró otra, en el extremo, donde Elías deseaba vivir e instalar su laboratorio y sus perros.

Luego volvió a la Asociación.

Sonia le recibió con un beso.

—¿Lo has hecho, querido? —inquirió ansiosa?

—Sí. —Le entregó un sobre—. Aquí tienes las fotos y los planos de la casa. Espero que te gusten.

— ¡Eres un sol!

Igor la besó de nuevo, pasando después al despacho y desde allí ai laboratorio de su amigo.

Stenowicht trabajaba en un minúsculo aparato. Al oír los pasos del otro, se volvió, frunciendo el ceño.

—¿Ha ido todo bien?

Igor dijo:

—Sí. Ya tengo la copia de la escritura.

—¿Le has dicho que le llamaríamos?

—Sí.

—De acuerdo. La máquina ya tiene la firma, sacada de las facturas que te entregó Celetti. Pasa lo que traes y compón una escritura de venta, a nombre del italiano, por mil quinientos millones.

—Bien —repuso Igor y suspiró sonoramente.

—¿Qué demonios te pasa? —inquirió el otro.

—Nada. Sólo que me fastidia, en el fondo, tener que trabajar para los otros. ¿No te das cuenta de que estamos enriqueciendo a los demás?

Elías sonrió.

—¡No seas estúpido, Igor! ¿Quieres que nos compliquemos la vida y que la policía sospeche de nosotros? Imagínate que tú estás en el lugar de Mike Larson, el jefe superior, y que ves que un par de tipos, que hasta ahora no han tenido más que una oficina de asuntos varios, se convierten en los dueños de la mitad de las cosas de Venus.

—¡Pero a Larson le tendremos cogido dentro de poco!

—Ya lo sé; pero eso no significa que podamos hacer lo que nos dé la gana. Si quiero neutralizar a Larson, es para tener un as en las manos y poder trabajar con libertad. No seas estúpido y sigue mi plan. Todo lo que proporcionamos ahora a los demás, a precio regalado, será nuestro, de una manera indirecta. ¿Has oído el programa de las doce en la Televisión?

—No, no he tenido tiempo. He estado dando vueltas por la ciudad toda la mañana.

—Se ha descubierto uranio en las tierras que pertenecen a los Simplon.

— ¡Ese canalla! ¡Ahora comprendo por qué deseaba comprar a toda costa!

—Naturalmente, Igor. Yo sospeché algo parecido desde el primer momento.

—¿Cómo? ¿Y no pudimos quedarnos nosotros con las tierras? La escritura podía haber estado a nuestro nombre.

—¿Para qué queremos complicarnos la vida? Tú no sabes el trabajo que va a tener el joven Verant para explotar esas tierras.

—¡Pero ganará el dinero a espuertas!

—Claro que sí. Y nosotros nos alegraremos de eso: cuanto más gane, mejor. En fin, déjame ahora solo: tengo que terminar este aparatito antes de que llamemos a Hoffmann. Ya conoces mi divisa comercial: «La Asociación ofrece servicio garantizado».

Igor abandonó el laboratorio, yendo hacia la máquina copiadora en la que trabajó durante dos horas, hasta obtener una escritura, con la caligrafía de Hoffmann, por la que éste vendía a Celetti sus instalaciones por el precio de mil quinientos millones de dólares.

Le daba rabia hacer aquellas cosas, enriqueciendo al cerdo del italiano, que no merecía ni el aire que respiraba.

Pero, por encima de su inquietud, seguía confiando en Stenowicht, aunque no conocía aún las ideas privadas de su amigo.

Éste le llamó poco después.

—¿Has terminado? —le preguntó.

—Sí, aquí la tienes.

Elías repasó cuidadosamente el escrito, sonriendo después con plena satisfacción.

— ¡Eres un hacha, amigo! Debías haberte dedicado a Leyes.

—No seas guasón.

—Ven. Voy a enseñarte lo que he terminado. Falta poco para llamar a Hoffmann,

Penetraron en el laboratorio.

El aparato parecía un sencillo modelo de radio para coche, pero estaba conectado a otro mayor, cuyo enrejado de hilos y lámparas era perfectamente visible a través de la cápsula de plástico que le cubría.

—¿Qué es eso?

—Un amplificador de ultrasonidos —repuso su compañero.

—¿Y para qué vas a hacerlo servir?

—Para terminar con Hoffmann de una manera cómoda y limpia, desde aquí. En cuanto hables con él por teléfono, conectaremos esto al micrófono, produciendo una descarga de ultrasonidos que, al llegar al auricular de Hoffmann, le desgarrarán el cerebro, matándolo inmediatamente. Ningún sonido se oirá, pero sus sesos se licuarán de golpe.

—Es muy ingenioso.

—Ya lo verás.

Y consultando el reloj:

—Puedes llamar ya.

Igor obedeció, cogiendo el aparato con una cierta prevención. Siempre le ocurría igual y no podía evitarlo: los inventos de su amigo le intranquilizaban.

Momentos después, la voz de Hoffmann se dejó oír.

—¿Diga?

—Aquí Hermann, señor Hoffmann.

— ¡Buenas tardes! ¿Qué hay?

—Los abogados han examinado su escritura.

—¿Y qué?

—Todo está de acuerdo, excepto una pequeña cláusula. ¿Quiere oírla?

—Venga, escucho,

Igor pasó el aparato a su amigo que lo conectó a sus dos aparatos. Después, con un gesto brusco, pulsó una palanca.

No hubo ningún ruido, ningún sonido perceptible; pero, a través del cable, una formidable corriente de ultrasonidos llegó hasta el otro

lado del hilo, como un silencioso mensaje de muerte.

Elías colocó nuevamente la palanca en su sitio neutro.

—Ya está —dijo, con una frialdad completa—, Hoffmann ha dejado de existir y el médico diagnosticará una apoplejía. ¿Qué te parece?

—Bien —repuso Igor. Pero no pudo evitar un estremecimiento.

—Ahora debes ir a la cita con ese Frederick. Utiliza el cuchillo, pero haz las cosas como siempre: bien. Mañana nos ocuparemos del jefe de policía.

Mientras salía de la Asociación, Igor se sintió inquieto; pero, al mismo tiempo, sintió el orgullo de intuir que se estaban haciendo los dueños de la ciudad, como luego lo serían del planeta entero.

CAPÍTULO VI



ONALD CALLOWAN, el jefe de la SIP, la más formidable organización policíaca del mundo, asintió con la cabeza.

Su interlocutor había terminado, por lo visto, de exponerle los hechos.

—Ha acertado usted, señor Simplon, viniendo a verme. Todo eso es muy interesante.

Fred sonrió, con un asomo de tristeza.

—Para decir verdad, señor Callowan, no me imaginaba que me hiciese usted mucho caso. La policía de Venusville no encontró nada interesante en lo que les conté.

—Es natural. Piense usted que los policías locales suelen desear, sobre todo, vivir tranquilos. Además, siempre hay situaciones demasiado especiales para ellos. Pero no pensemos más en eso, muchacho. Y vayamos por partes.

—Como usted quiera.

—Según ha dicho antes, su padre no le comunicó su deseo de vender las tierras. ¿No es así?

—Sí. Y le aseguro, señor, que papá no hubiese hecho eso jamás.

—Pero podía haber cambiado de parecer y querer darle una buena sorpresa.

—En efecto.

—Esa no es pues una base fuerte para razonar. Pero lo de los perros, si. Usted afirma haberlos acariciado y encontrado completamente normales; sin embargo, poco después y por algo que no sabemos, esos mismos pacíficos animales se lanzan contra su padre y lo matan. Después, la policía se apodera de ellos, los examina, los estudia y no encuentra nada anormal.

—Así es.

—Es muy difícil saber qué pudo enfurecer a esos animales; pero, desde luego, éste es el punto oscuro del asunto. ¿Conoce usted al

hombre que les vendió los perros?

—Lo vi, cuando vino a venderlos y le reconocería en cuanto lo viese; pero lo cierto es que no nos dejó dirección alguna.

—Bien. Lo importante, lo fundamental, por el momento, es encontrar a ese hombre. Usted va a regresar a Venus y cuando llegue allá, irá a la Rué Céntrale, esquina a la Place de l'Espace. Hay un bar en el que preguntará por Joe Turwood: es uno de nuestros agentes. Le contará todo y se pondrá de acuerdo con él, haciendo lo que le diga.

—Muy bien, señor.

—Yo voy a enviar a otro hombre a Venus, para que trabaje en otro sentido. Lo que me ha contado de ese Celetti es muy interesante y quiero estudiarlo a fondo. ¿Tiene usted medios económicos?

—Me queda muy poco dinero.

—Bien. El Servicio le anticipará lo necesario. Creo que un día, más o menos tarde, podrá usted reintegrárnoslo. Tome el primer astrocohete que salga para Venus y haga lo que le he dicho. ¿Entendido?

—Sí.

—Ahora, al abandonar este despacho, pase por Caja. Ya daré instrucciones para que se le entregue una cantidad. Si necesita más, pídaselo a Joe, en Venus.

Estrechó la mano del joven y cuando se hubo quedado solo en el despacho, llamó, por el visófono, a la secretaria de turno.

—¿Ha llegado Cunnighan?

—Sí.

—Hágale pasar.

Alan Cunnighan era un muchacho alto, de cabellos rubios y ojos claros. Su cuerpo exhalaba esa especie de potencia que suelen poseer muy pocos atletas: los de verdad.

—Siéntate, Alan.

Y cuando el otro lo hubo hecho dijo:

—Acabo de recibir una visita: la de un joven llegado recientemente de Venus. Según parece, las cosas empiezan a agriarse allí. Comprenderás que Joe, nuestro único agente en el planeta, no puede hacer más de lo que hace: es mucho trabajo para un hombre solo.

—¿Cuándo me voy?

Donald Callowan sonrió.

—Un momento, no te precipites. Lo que le ha ocurrido al padre de ese muchacho lo podrás oír, durante el viaje, en la cinta

magnetofónica que he tomado, de viva voz, sin que ese muchacho se diese cuenta: pero, lo que me interesa es que te relaciones, nada más llegar, con un tal Vittorio Celetti, un italiano que no creo se mueva en un ambiente de extrema legalidad. Como de costumbre, habrá que preparar algo… aunque todavía no sé qué.

—¿Tengo que convertirme en el perfecto sinvergüenza?

El otro sonrió de nuevo.

—Ya sé que sabes hacerlo a la perfección.

—¿No es una Indirecta, señor Callowan?

—No, te lo juro. Veamos… quizá nuestros técnicos puedan preparar algo bueno. Voy a llamar primeramente a archivos.

Lo hizo, recibiendo una respuesta casi inmediata.

—Ya lo ves. Celetti tiene el negocio del frío industrial en Venus. Recibe todos los cargamentos de los colonos y los conserva para entregarlos después a las fábricas de desecación. Voy a llamar a los técnicos.

Habló con ellos, exponiéndoles el problema. Una hora más tarde, que ellos aprovecharon para conversar sobre muchísimos detalles interesantes, llegaba la respuesta: concreta, activa, terrible.

Donald sonrió.

—Te prepararán 1o necesario en unas horas. Mañana por la mañana puedes tomar el astrocohete de lujo para Venus. Los de la Aduana espacial no te registrarán las maletas, ni al salir de la Tierra ni al llegar allá. Puedes entrar en acción inmediatamente.

Alan sonrió.

—Ya veo. Pero tampoco se me escapa que pueden romperme la crisma.

—Lo sé, pero hay que arriesgarse. Nunca me dijiste que deseabas dedicarte a un trabajo tranquilo.

—Ya sabe usted que no. Adoro el peligro; pero, en este caso concreto, me parece que llevo todas las de perder.

—Un agente de la SIP no para en mientes. Mételes miedo y los tendrás a tu disposición. Ya conoces esa clase de gente; o los intimidas tú o te enterrarán en las afueras, sin ni siquiera colocarte un epitafio… ¿No sería una lástima, amigo mío?

* * *

El vehículo de Igor se detuvo ante la nueva mansión de los Verant, después de atravesar las nuevas instalaciones de ¡as que poderosas excavadoras extraían el mineral rico en uranio.

Los cultivos habían desaparecido.

Por doquier altas alambradas eléctricas con carteles que anunciaban el peligro de acercarse a ellas rodeaban los campos de explotación.

La casa que Fred había ordenado construir era un verdadero palacio con la masa grisácea de los edificios destinados a las oficinas al fondo. Un criado condujo a Igor, a través de salones lujosísimos, que expresaban claramente la cantidad de dinero que manejaban los explotadores del uranio, hasta un despacho de dimensiones colosales, donde Richard estaba instalado detrás de una mesa monumental.

Creyendo que se trataba de una de las habituales visitas de hombres de negocios que querían algo concreto de él, se sorprendió desagradablemente al ver de quién se trataba. Pero, de todos modos, dominándose, esbozó una sonrisa.

— ¡Pero si es el señor Domerenko!

—En efecto —dijo Igor, sentándose cómodamente en uno de los imponentes sillones. Después, echando una ojeada a su alrededor—: Parece que los negocios marchan bien, ¿eh, señor Verant?

—Sí, fue una sorpresa encontrar uranio en estas tierras. Verdaderamente, yo fui el primer sorprendido.

—Lo comprendo. También me ha sorprendido a mí. Siempre es agradable comprobar que nuestros clientes prosperan.

—Es verdad.

Hubo un silencio tan largo como desagradable.

Sin conocer aún el motivo de aquella inesperada visita, Richard intuía algo malo. Por eso, decidiéndose y con una sonrisa forzada, preguntó:

—¿Puedo servirle en algo, amigo mío?

—Sí. Por eso he venido. La Asociación se ha sentido engañada por usted y vengo a formular una reclamación.

—¿Cómo? ¿No se le pagó lo estipulado?

—Se pagó lo estipulado —repitió ol otro— en una venta de terrenos hidropónicos. No para una compra de minas de uranio.

—¡Yo no sabía nada!

Igor sonrió.

—No hagamos el imbécil, amigo mío. La Asociación exige el pago del quince por ciento de los beneficios brutos.

— ¡Eso no es más que un robo!

—No exageremos, amigo mío. Tampoco hay que decir palabras tan fuertes.

—No pagaré ni un solo centavo.

—Está bien… —Igor se puso en pie, abrió la cartera y sacó un papel que echó sobre el despacho del otro—. Ahí tiene usted una fotocopia de un documento que puede interesarle, como también al jefe de policía. Adiós. Ya conoce usted nuestro número de teléfono y nuestra dirección.

Salió y Richard le siguió con la mirada, hasta que desapareció, no atreviéndose, en muchos minutos, a echar una ojeada a la fotocopia. Pero, cuando la leyó, se llevó las manos al cuello, como si no pudiese respirar ele repente.

Allí, con la escritura del difunto Simplon, se decía que el documento de venta había sido escrito bajo amenaza y se denunciaba a Richard Verant como el autor de tal chantaje.

* * *

Todavía repasó otra vez los informes que uno de sus ayudantes acababa de entregarle. El hombre, respetuosamente en pie junto a su despacho, no se movió un solo instante.

Mike Larson levantó la cabeza.

—Según los resultados obtenidos por el laboratorio, éste es el tercer caso de asesinato por cuchillo: el primero fue el del administrador de los Simplon, el segundo nuestro agente Frederick Parson, al que encontrarnos en el nuevo sector de la ciudad y el tercero éste.

—Así es, señor. También se ha podido determinar la identidad de esta víctima.

—Sí, ya lo he leído: se llamaba Pierre Leman y no se la conoce lugar de trabajo ni residencia fija: un vagabundo en suma.

—No lo creo, señor. Debía de tener medios propios de fortuna, ya que tanto el traje que llevaba como las demás prendas, a pesar del estado en que ha sido hallado, han demostrado ser de la mejor calidad que se fabrica ahora.

—Bien. ¿Quién se ha encargado de la investigación?

—El inspector Barnes, señor.

—De acuerdo. Ya se me irán comunicando, a medida que se produzcan, los detalles de esta investigación —sonrió—; aunque, con toda seguridad, pasará corno en las dos anteriores: no hemos llegado a sitio alguno.

—Hay una falta total de huellas. En el caso del administrador de los Simplon, el suelo húmedo no nos reveló más que los pasos de la víctima. En cuanto a los otros dos, ni siquiera pudimos tener eso, ya

que la zona donde fueron atacados estaba cubierta de, asfalto.

—Comprendo. De todos modos, dígale a Barnes que active en lo posible su trabajo.

—Se lo diré.

Justo, en aquel momento, el intervisófono se iluminó, apareciendo en la pantalla el rostro de un policía.

—¿Qué hay? —inquirió Mike.

—Un tal Lewis Herman desea hablar con usted de un asunto que afirma es de la mayor urgencia.

—Hágale pasar.

Poco después y mientras el ayudante salía, Igor era acompañado por un policía uniformado al despacho del jefe superior. Éste, Mike Larson, se levantó para estrechar la mano del recién llegado, señalándole después un asiento en el que el otro se dejó caer, dejando una pesada cartera en el suelo, a su lado.

—Usted dirá, señor...

—Me llamo Lewis Herman, señor Larson.

—Bien: usted dirá, señor Herman.

Igor carraspeó antes de empezar.

—El motivo de mi visita es un poco especial y prefiero decir las cosas a mi manera, si eso no le molesta.

—Le escucho —replicó el policía, con su curiosidad despierta por lo que acababa de oír,

—Imaginémonos —siguió diciendo el ruso— qqe unos hombres audaces y decididos hubiesen llegado a la conclusión de que Venus es una presa preparada y dispuesta para sus... ejem, llamémosla ambiciones.

>Es de la naturaleza de estas ambiciones que hay que hablar antes que de otra cosa, ya que estos hombres desearían sacar partido de todo lo que está castigado específicamente por el Código: crimen, chantaje, etc.

—Acabarían en la cámara electrónica —cortó Mike.

—Un momento, por favor. Déjeme seguir. Estos hombres han logrado ya parte de sus deseos, aunque sus ambiciones van mucho más allá de lo conseguido hasta ahora. Comprenderá usted, mejor que nadie, que lo único que pueden temer es el organismo establecido bajo su mando aquí; es decir, la policía.

—Justo —replicó Mike.

—por eso, justamente, como usted acaba de decir, estos hombres se verían tentados de convencer al jefe superior; es decir, a usted, de

la digamos conveniencia de ponerse a su lado. ¿No le parece?

Larson sonrió.

—Todo el mundo puede tener sus ideas y hasta sus deseos; lo malo es que, la mayor parte de las veces, ni éstos ni aquéllas pueden convertirse en realidad.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, en la linda historia que usted me está cantando, todavía no sé con qué objeto, el fallo está en que el jefe superior; es decir, yo, se encuentra fuera del alcance de esos individuos.

—Ahí está la cuestión —siguió diciendo Igor, sin parecer lo más mínimo alterado por la respuesta del policía—: en nuestro caso, el jefe no tendría más remedio que ceder.

Las mejillas de Mike se empurpuraron.

—Creo, señor Herman, que esta conversación insípida e ilógica ha durado demasiado, Olvida usted ante quién se encuentra y esto puede perjudicarle, de seguir con tan disparatados propósitos.

Esta vez Igor sonrió con mayor intensidad que antes. Y abriendo la cartera que tenía junto a él, en el suelo, sacó unas cartulinas que puso sobre la mesa de Mike.

—Mi respuesta es ésta, señor Larson: ¿Tiene la amabilidad de echar una ojeada a estas fotocopias?

Larson se apoderó de las cartulinas, dispuesto a hacer que aquel tipo pasase unas horas de prisión preventiva; pero, a medida que fue leyendo el contenido de los escritos, y desde el primero reconoció su letra, su rostro adquirió una palidez intensa.

—¿Qué significa esto? —rugió.

—Ya lo ve, señor Larson: pruebas de que usted ha recibido grandes cantidades por permitir ciertos tráficos ilegales y ciertas operaciones nada limpias.

— ¡Pero todo esto es completamente falso!

—Es posible. Y si seguimos hablando de la misma manera en que habíamos comenzado esta interesante conversación, podríamos afirmar que, en efecto, todo esto es falso..., en cierto modo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que cualquier experto calígrafo juraría que todo esto ha sido escrito, de puño y letra, por el jefe superior de la policía venusiana.

—¡Voy a encerrarle a Usted! ¡Le haré procesar por eso!

—Un momento. Alterarse no valdría para nada, señor Larson. ¿Qué adelantaría usted encerrándome? Si dentro de una hora no estoy en un lugar convenido, un amigo mío enviará a la SIP, en Washington,

las originales de estas fotocopias. ¿Se imagina lo que significaría para usted?

—Nada, si yo demuestro que se trata de unas falsificaciones.

—Ahí está el quid, amigo mío: nadie puede demostrarlo.

Larson se mordió los labios, pero no dijo nada.

—Por el contrario —siguió diciendo Igor, con la mayor naturalidad del mundo—, si usted se da cuenta de que no puede hacer nada y se pone a nuestro lado, estas pruebas serán debidamente archivadas, fuera del alcance de cualquier curioso y usted recibirá, a partir de este momento, un tratamiento especial, de cien mil dólares mensuales, que le garantizarán un retiro señorial.

—¿Cómo se atreve?

—Usted tiene la última palabra, señor. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a entregarle ahora mismo el cheque de la primera mensualidad, que le pagaremos siempre por adelantado.

Hubo un largo silencio y Mike se secó el sudor que perlaba su frente.

—¿Cuál sería mi cometido… en caso que aceptase?

—Ninguno, por el momento. Pero si sus agentes llegasen a descubrir algo que pusiese en peligro nuestros negocios, o supiese usted la llegada de algún agente de la SIP, su deber sería: en el primer caso, detener las investigaciones; en el segundo, comunicarnos la identidad y el paradero del agente inmediatamente.

Una nueva pausa.

Mike miraba y remiraba las fotocopias, esperando encontrar en ellas un fallo que pudiera esgrimir como prueba de falsificación. Pero su visitante como si adivinase el curso de sus ideas dijo, llamándole por su nombre:

—No se moleste, Larson. Eso es tan perfecto como si usted mismo lo hubiese escrito. Puedo dejarle las coplas para que las haga estudiar por sus peritos.

—¡No! ¡Prefiero quemarlas!

—Son suyas: puede hacer lo que le plazca.

Saco el chequé y un trocito de papel con un número.

—Aquí está el dinero y un número de teléfono donde habrá de llamar en cuanto sepa algo que nos interese. Por lo demás, usted continuará su vida normal, sin que le molestemos más que en casos extremos.

Larson miró el cheque y el papel, pero no extendió la mano para apoderarse de ellos.

—¿Y si no obedezco? —inquirió, mirando al hombre que tenía enfrente.

—No diga tonterías. Ya conoce la pena que se aplica a todo aquel que, aprovechándose de un cargo en la policía, comercia con él. Les autoridades de la Tierra se muestran implacables en esos casos.

Volvió Larson a secarse el sudor.

—Ya veo —dijo, al cabo de unos instantes— que no tengo opción. Acepto.

Igor sonrió.

—Lo esperaba de su sentido de las cosas, Larson. Espera molestarle lo menos posible; pero, por favor, no olvide lo que le he dicho y, sobre todo, recuerde el número de teléfono. He tenido una verdadera satisfacción en saludarle. Adiós.

Y salió.

Mike se quedó mirando a la puerta, después a las fotocopias, al cheque y al papel con el número de teléfono. Aun viéndolos reales, como pruebas palpables, dudaba de sus sentidos, como si aquella visita no hubiese sido más que una jugarreta de su mente: una espantosa alucinación.

CAPÍTULO VII



N su flamante y nuevo despacho de la fábrica de desecados, Celetti se sentía otro hombre. Durante años tuvo como barrera aquella misma fábrica, experimentando la sensación desagradable de no ser más que un triste eslabón en el conjunto.

Más, no obstante, ahora era el todo.

Aquella mañana, después de dejar en la puerta su nuevo automóvil, un modelo exclusivo que había recibido últimamente, Vittorio Celetti penetró en su despacho con la alegría que lo había hecho desde el primer día, Pero su gozo se nubló momentos más tarde, al ser informado que no se habían recibido mercancías de las cámaras frigoríficas desde la tarde anterior.

Sintiéndose importante y sabiendo que podía permitirse la cólera de los grandes hombres de negocios a los que había admirado siempre cuando no era más que un habitante más del barrio italiano de Nueva York, pulsó el visófono, pidiendo comunicación urgente con Pat Colper, al que había colocado, en «su jaula de cristal», como llamaba a su antiguo despacho, dominando el patio de las cámaras frigoríficas.

El rostro de Pat apareció poco después en la pantalla.

—¿Qué demonios ocurre, Colper?

—Estoy desesperado, patrón,

—Pero ¿qué pasa?

—Se ha estropeado el contenido de ocho cámaras. Todas las que teníamos ocupadas.

—¿Qué quieres decir?

—Que las frutas y verduras se han corrompido. Hay un olor aquí que no se puede soportar.

El rostro del italiano enrojeció.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Pat? ¿O es que estás aún borracho?

—No he bebido nada desde ayer tarde. Le busqué por todas partes para comunicárselo, pero no lo encontré en sitio alguno.

—¡Déjate de historias y vuelve a explicarme las cosas con más claridad! Todavía no he entendido muy bien lo que dices.

Hubo una pausa; luego Pat explicó;

—Anoche, como siempre, repasamos la marcha de las cámaras frigoríficas. Todo iba bien. Después, como de costumbre, ordené que sacaran unas muestras para enviarlas a la fábrica, de modo a que supiesen ahí la clase de mercancía que debían preparar hoy y dispusiesen los envases que convenía...

—Sigue.

—Al abrir las cámaras, un hedor insoportable se extendió por todas partes. Era horrible y tuvimos que cerrarlas de nuevo, por miedo a morir asfixiados.

—¿Llamaste a los técnicos?

—Sí. Ellos tomaron muestras de las mercancías y las examinaron, sin comprender lo que pasaba. La refrigeración marchaba como siempre y no hemos podido explicarnos, lo que ha ocurrido.

Vittorio preguntó:

—¿A cuánto ascienden las pérdidas?

—Ochocientos mil, aproximadamente.

Celetti dio un tremendo puñetazo en la mesa.

—¡Esto no puede consentirse! ¡Alguien ha debido cometer un error y deseo saber inmediatamente quién es esa calamidad! ¡Le romperé los morros yo mismo!

—Seguimos buscando las causas, patrón.

—¡Eso es lo que hay que hacer! Vacíame las cámaras y que el equipo de limpieza las deje como nuevas. Y búscame al culpable... Necesito uno, si es que no quieres que todo caiga sobre tu cabeza.

—Bien.

—Llámame en cuanto sepas algo.

—De acuerdo.

Vittorio pulsó el botón, borrando la imagen de la pantalla.

La cólera le dominaba por completo.

Y fue precisamente en aquel instante cuando el visófono interior, de pantalla más pequeña que el otro, se encendió.

—¿Qué ocurre? —inquirió de mal talante.

La Secretaria, palideciendo un poco ante el tono brusco de su jefe dijo:

—Un señor desea verle, patrón.

—¡No quiero recibir a nadie!

—Dice que es por el asunto de la mercancía estropeada.

Celetti frunció el entrecejo.

—Hágale pasar.

Momentos después un hombre joven, de cabellos rubios y ojos claros, con anchas espaldas y una fortaleza física que se veía al primer golpe de vista, penetraba en el despacho del italiano.

Este le miró, buscando inútilmente reconocer a aquel hombre.

No, no le conocía, pero lo que vio, inmediatamente, era el sospechoso abultamiento de su chaqueta, en el sitio donde debía llevar el «holster» con su correspondiente pistola.

Sin saber exactamente por qué, se estremeció. Pero no tardó en recuperarse.

—Tome asiento.

El otro obedeció, encendiendo un cigarrillo y mirando al italiano a través de sus ojos semicerrados.

Vittorio estaba molesto.

—Me han dicho que deseaba hablarme sobre la mercancía estropeada. ¿Cómo lo ha sabido?

—Porque he sido yo quien la ha echado a perder.

Fue corno una sacudida eléctrica que recorriese el cuerpo de Celetti, mas también logró dominarse, .aunque esta vez con, mayor dificultad.

—No entiendo bien —articuló, pesando sus palabras.

—Es muy sencillo, amigo mío. Te has convertido en un «pez gordo» y mi especialidad es echar el anzuelo a esa clase de pescado.

—¿Quién eres?

—¿Y eso qué importa? He llegado de la Tierra hace unos días. Estaba cansado de estar allí y también había cierta clase de gente que empezaba a molestarme con sus insinuaciones.

—¿Quién?

—Tú los conoces bastante: los tipos de la SIP.

—¡Ah!

—Vine aquí y eché una ojeada al «mercado». En seguida me di cuenta de que tú tenías suficiente dinero para sacarte un poco. Ya comprenderás que habiendo tenido que salir de la Tierra un poco rápidamente, no pude traerme mi cuenta corriente conmigo.

Pasados los primeros momentos de intranquilidad, Celetti se percató de que estaba ante un hombre de la misma clase a la que él había pertenecido en el pasado: un tipo dispuesto a abrirse paso de

cualquier manera y que estaba acostumbrado a dar gusto al gatillo.

Hubo un poco de emoción en el alma corrompida del italiano al recordar aquellos viejos tiempos, cuando, como si hombre que tenía sentado enfrenta de él, estaba obligado a romper violentamente con todos los convencionalismos, jugándose el pellejo cada día.

Ahora era muy distinto y se había convertido en un señor, en un hombre de negocios, poderoso y temido; pero, de todos modos, el rememorar aquellos viejos tiempos le producía cierta emoción melancólica, pero agradable.

—.¿Por qué diablos no viniste a verme antes? ¿Qué necesidad tenías de estropearme la mercancía por un valor de casi mi millón de dólares?

— ¡No me hagas reír, Celetti! ¿Desde cuándo recibes a la gente sin pensar en quitártela de en medio? No nos engañemos, por favor. Tú sabes, como yo, que no hay más que una manera de meter el miedo en el cuerpo de esa clase de tipos en la que tú te has convertido. Hay que dar la cara y estar dispuesto a todo.

Vittorio sonrió.

—Tienes razón—.dijo.

—Claro que la tengo. Si hubiese venido aquí con amenazas vagas, hubieses enviado contra mí a Pat o a Jeff, con orden de llenarme las tripas de plomo. Ahora es distinto porque sabes que estoy dispuesto a arruinarte si no me ayudas.

—No hace falta ponerse asi. Después de todo, la mercancía estaba asegurada y si no dices nada de lo que has hecho pagarán religiosamente. No es eso lo que Importa ahora.

—Hablas como los propios ángeles, Celetti. ¡Ya sabía yo que nos entenderíamos en seguida!

Aplastó el cigarrillo en el cenicero, encendiendo otro a continuación,

—¿Has venido solo?

—Sí.

—Bien. Hay un sitio para un hombre, como tú en mi organización. Justamente, y a decir verdad, vienes como anillo al dedo.

—¿Algún trabajo especial?

—Sí. Escucha: hay en Venusville unos tipos verdaderamente fuertes. Sé muy poco de ellos, pero puedo asegurarte que nunca has tropezado con hombres como ésos.

—No me dan miedo.

—No seas estúpido. Nadie habla de miedo. Lo que ocurre es que no son tipos como tú y yo. Poseen unos procedimientos que nosotros no podríamos haber descubierto jamás. Y trabajan de una manera maravillosa, sin exponerse en absoluto, utilizando procedimientos que no dejan huellas.

—¿Se han metido contigo?

—No. Me han ayudado, previo pago..., pero espero que muy pronto vengan a sacarme el dinero a carmiones.

— ¡Qué graciosos!

—Pueden hacerlo. Ya te he dicho que son diferentes a nosotros y que no retroceden ante nada. Todavía no sé cómo se cargaron al antiguo propietario de todo esto, un tal Hoffmann. El médico diagnosticó' una enfermedad de la cabeza, una especie de apoplejía. Y además lograron que firmase un documento, de venta a mi nombra.

—Ya veo que son listos.

—Más de lo que te imaginas. Por fortuna, yo tampoco soy tonto y Pat me ha comunicado cosas muy interesantes sobre ellos. Sabemos donde viven y donde piensan instalarse, a lo grande. Colper te informará con detalle.

—¿Cuál es mi trabajo?

—Deshacerme de ellos y, si es posible, enterarte de todo lo que poseen.

—Bien. Necesito dinero.

—Tendrás cuanto quieras. Voy a extenderte un cheque y me irás pidiendo a medida que lo gastes. No es problema de dinero, amigo... No me has dicho cómo te llamas.

—Puedes llamarme Alan.

—De acuerdo, Alan. A partir de este momento trabajas para Celetti.

—Me gusta. Estaba cansado de tener que estropear verduras: no es mi trabajo.

Vittorio preguntó:

—¿Cómo lo conseguiste?

Alan sonrió.

—¡Ése es mi secreto, amigo. Y tu pesadilla. Porque si te tuerces un poco, te arruinaré..., aunque antes me hayas hecho asesinar por la espalda.

* * *

Nunca, se hubiese podido imaginar Fred que aquel hombre

regordete y calvo fuese un agente de la SIP; pero, después de hablar con él, en el interior del bar, en el despacho particular de aquel hombre, se fue dando cuenta de que no estaba ante un tipo cualquiera.

Le conté todo, repitiendo detalladamente lo que había comunicado a Callowan.

Joe Turwood le escuchó atentamente, interrumpiéndose algunas veces para aclarar ciertos puntos oscuros del relato.

Después, cuando Fred terminó, comentó:

—Tendremos que poner en práctica un plan que nos haga descubrir lo que ocurrió. Por el mensaje que he recibido de Callowan, él va a ocuparse de parte del trabajo.

—Dijo que enviaría un agente a Venus.

Joe sonrió.

—Seguro que lo hará, pero apostaría cualquier cosa a que no tarda Callowan mucho en llegar aquí. Le gusta llevar las cosas a su modo.

Hubo una pausa; luego dijo:

—Creo, por todo lo que me ha contado, que ese Richard obró de una manera bastante fea. Es indudable que se ha dejado coger por alguien que ejecutó el trabajo para él.

—¿Quiere decir que asesinaron a mi padre?

—Todavía no lo sabemos. Algún día cuando descubramos lo de los perros, podremos decir lo que ocurrió exactamente; pero, por el momento, y después de lo que me ha contado usted, debemos sospechar que las cosas se hayan hecho de una manera criminal. ¿Qué llevaba el administrador en la cartera que le fue robada?

—Nada importante: documentos, notas de mi padre y papeles sobre muchas cosas.

—¿Nada que pudiese ser una amenaza de chantaje?

—Estoy seguro de que no.

—Sin embargo, esa cartera se robó por algo importante: tanto que los que se la llevaron no dudaron en matar al administrador.

—Es verdad.

—También no podemos olvidar que el asesino no dejó huella alguna, a pesar de que el crimen se cometió en un camino de terreno blando y húmedo, donde debieron quedar las huellas de los zapatos

Quizá lo matase desde un helirreactor, aunque no se explica cómo cogieron la cartera.

—Yo tampoco lo comprendo.

—No importa. Nosotros vamos a empezar & poner en práctica

nuestro plan. No sabemos quién cometió las fechorías, pero conocemos a uno que las desencadenó.

—¿Richard Verant?

—EL mismo. No debe ser, apostaría cualquier cosa a que no me equivoco, un hombre con los nervios lo suficientemente fuertes para soportar lo que vamos a imponerle. Usted, vestido de una manera miserable, como si estuviese en las últimas y hubiese gastado todo lo que le quedaba, va a presentarse en la casa de sus antiguos amigos. Pedirá ayuda y trabajo a Richard.

—No me hará caso.

—Puede ser, pero no olvide usted a Monique.

Fred frunció el entrecejo.

—Me gustaría no mezclarla en nada de esto: ella no es culpable de lo ocurrido.

—No se deje llevar por sentimentalismos estúpidos, por favor. ¿No estamos intentando aclarar lo que le ocurrió a su padre? Nada voy a exigirle fue esté fuera de la legalidad, Fred. Su antigua prometida intervendrá, estoy seguro, en su favor, si su hermano se encuentra, cosa que dudo, en disposición de cerrarle las puertas.

—¿Y qué vamos a conseguir con que me ayude?

—Torturarle.

—¿Eh?

—No crea que hablo de una tortura física, muchacho. Lo que buscamos es hacer que tenga cerca de él al hijo del hombre que, por su ambición, suponemos llevó a la muerte, quizá sin quererlo. Pondremos sus nervios a prueba y, por otra parte, usted investigará con cuidado todo lo que pasa en aquella casa. Porque es fácil sospechar que la banda que trabajó para Bichar no se haya limitado a cobrar la factura y desaparecer.

—.¿Cree que siguen pidiéndole dinero?

—Como dos y dos son cuatro, amigo mío. Callowan lo sospecha también, ya que todo nos hace creer que cuando la banda hizo que su padre vendiese los terrenos, ignoraba que Richard había descubierto uranio en ellos.

Fred se mordió los labios.

—Haré lo que sea —dijo, con decisión inquebrantable.

—Así me gusta.

CAPITULO VIII



LAN dejó el coche mucho antes de llegar a la dirección que, por orden de Celetti, le había dado Colper.

La ancha avenida estaba profusamente iluminada, pero las calles interiores de la nueva zona residencial, no terminada aún, gozaban de una penumbra que facilitó el camino al joven agente.

Tenía la doble dirección que la banda poseía allí: dos mansiones, bastante separadas la una de la otra, y que aún no habían ocupado, ya que se estaban amueblando en espera de ser habitadas definitivamente.

A Alan le había extrañado aquella duplicidad de domicilios, pero Colper le explicó que la banda adversaria estaba integrada por una pareja y un hombre extraño, al que casi no había visto y que tenía «pinta de sabio medio loco».

Cunningham llevaba un maletín en la mano izquierda y, cuando se detuvo, ante la puerta de servicio de la primera de las casas, la abrió, sacando un aparatito que un doble cable unía a unos cascos de escucha. Colocándose los auriculares, posó la parte inferior del aparato en la cerradura, oprimiendo después un minúsculo botón situado a uno de los lados.

Un suave zumbido se dejó oír.

Guiado por la intensidad de los sonidos que le llegaban a ambos auriculares, una especie de sistema radiogoniométrico, que mareaba la línea de fuerza del pestillo, Alan esperó a que la intensidad se igualase en ambos auriculares. Cuando tal cosa ocurrió, apretó un nuevo botón.

Movida por el efecto magnético del aparato, la cerradura se abrió como lo hubiese hecho con la llave. Alan no tuvo más que recoger su dispositivo, empujando después la puerta.

Todo estaba oscuro.

Una linterna minúscula, pero potente, surgió de uno de los bolsillos del agente, iluminando ampliamente la habitación donde se encontraba.

Era la cocina.

La atravesó, recorriendo la totalidad de la mansión con pasos silenciosos, visitando tanto las estancias de la planta baja como todas las del piso superior.

Un despacho, recientemente instalado y de gran lujo llamó su atención, llegando a la conclusión de que aquélla era la estancia que le interesaba.

Dejando entonces el maletín en el suelo, volvió a abrirlo, sacando de él una cajita, no mayor que un paquete de fósforos, que colocó debajo de la mesa, en un rincón donde pasaría completamente inadvertido. Después, desenrollando los cables que llevaba la caja, fijó tres minúsculos micrófonos en los extremos de la mesa.

Sonrió satisfecho.

Abandonó la casa y pasó por la otra, donde tuvo que vencer a la curiosidad que se despertó en él al ver los extraños aparatos que allí había. Le hubiese gustado examinarlos con detalle, pero el miedo de ser sorprendido le hizo dejar aquello para otra ocasión más propicia.

Volviendo al coche, después de haber instalado en la casa-laboratorio un sistema de escucha semejante al que había colocado en la otra, se dirigió a su propio domicilio —había alquilado un hotelito en el extremo norte de la zona residencial—, disponiendo en su habitación el colosal aparato que había traído de la Tierra.

Podía estar contento de la labor realizada en aquella primera jornada de trabajo activo.

* * *

El coche de Joe le había dejado en la General Road, justo al lado de la bifurcación que se dirigía a la nueva mansión de los Verant.

Fred caminó hacia la casa.

Iba vestido de una manera pobre y se había dejado la barba, ofreciendo un aspecto descuidado y sucio. La vista de la mansión le hizo entornar los ojos, sorprendido de tanta magnificencia.

¡Allí había estado la casa de sus padres!

No quedaba nada de ella y parecía un lugar tan extraño como si jamás hubiese existido allí el rincón familiar donde había vivido y luchado muchos años, haciéndose hombre, contento de poder, un día, ofrecer a Monique lo que ella mereció siempre.

Ahora Monique estaba allí, rodeada de servidores y, lo que era peor, de aduladores que debían cortejarla en busca de su fortuna y de su belleza.

Torció el gesto; pero, dominándose, consiguió alejar aquellas ideas negras de su mente y tranquilizarse por completo.

Un criado se acercó a él, bastante antes de que llegase a la monumental escalinata.

Fred leyó el desprecio y el asco en los ojos del hombre; pero, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Deseaba hablar con el señor Verant.

—No está en casa.

Otro nuevo esfuerzo y preguntó:

—¿La señorita Monique está?

El otro sonrió despectivamente.

—¿Cree que va a recibirle?

Los ojos de Fred brillaron de cólera,

—Límitese a cumplir con su deber de criado —dijo, con una sequedad que sorprendió al otro— y diga a Monique que está Fred Simplon aquí.

—Un momento.

No le importó nada que le dejasen allí, en el jardín, por miedo a que sus zapatos, manchados de barro, ensuciasen las brillantes escaleras.

Momentos después, la silueta de la muchacha apareció en lo alto de la escalinata, y Fred, a pesar de que se creía preparado para aquello, sintió que su corazón se ponía a latir con una fuerza inusitada, desconocida.

— ¡Fred!

Elia bajó corriendo, pero se detuvo al estar a su lado.

—¡Fred!

Sonrió él con tristeza, recordando que debía jugar su papel como Joe le había aconsejado.

— ¡Hola, Monique!

Ella le miraba con los ojos abiertos por la sorpresa y, al mismo tiempo, por ei desencanto.

No era difícil adivinar lo que pasaba en el interior de su mente. Bastaba mirar a sus ojos para saber que estaba comparando la imagen que guardaba en sus recuerdos y la que tenía ahora ante ella.

—¿Por qué desapareciste, Fred? ¿Por qué no me escribiste?

—Cosas de la vida, Monique.

Ella se dio cuenta de que no podía dejarle allí.

—Ven, sube...

La siguió, y al tropezarse con el criado de antes, vio la aprensión del hombre al ver las huellas de barro que los zapatos del visitante

dejaban sobre el mármol.

Penetraron en un saloncito y ella le indicó una silla, sentándose, a su vez, frente a él.

—¿Has sufrido mucho?

—Un poco. Pero ya no podía más. Y decidí venir a hablar con tu hermano. Quiero trabajar.

—¡Naturalmente! Pero debías haberle hecho antes, mucho antes. No tenías necesidad alguna de llegar a... este extremo.

—Tú ya me conoces, Monique. Sabes todo lo que me cuesta tener que venir aquí a pedir un poco de caridad.

— ¡No digas bobadas! Es justicia...

Y después de una corta pausa agregó, riendo:

—No sé si uno de los trajes de Richard te irá bien: eres más alto y fuerte que él; pero no puedes estar aquí. Voy a decir a Lukas que te acompañe a uno de los cuartos de baño y que te dé ropa limpia. Quiero que te presentes ante Richard de otra manera más curiosa.

—Eres muy buena.

Ella estuvo a punto de decir algo, pero las palabras murieron en la sonrisa que entreabrió sus labios.

Una hora después, limpio y afeitado, pero un tanto ridículo en el traje estrecho y corto del hermano de Monique, Fred aparecía en el saloncito en que la muchacha le esperaba.

—¡Ahora estás mucho mejor! Casi como antes,

—Nunca volveré a estar como antes.

—No hables así, por favor. ¿No ves que me haces mucho daño?

—Perdona.

La llegada de Richard, que anunció uno de los criados, rompió el curso de la conversación. Y momentos más tarde, Fred era conducido por un fámulo al principesco despacho de Verant.

—Pasa, Fred, y siéntate.

—Gracias.

El otro le ofreció un cigarrillo.

Simplon se dio cuenta, nada más mirar a su antiguo vecino, que había envejecido bastante. Las arrugas daban a su rostro un aspecto cansado, rayano en el agotamiento.

No había, no obstante, ninguna clase de simpatía en su rostro. Y sus ojos reflejaron cierta dureza cuando miraron a su visitante.

—¿Necesitas dinero?

Fred notó que enrojecía.

—No. He venido para que me des trabajo.

El otro se mordió los labios.

—Prefiero darte dinero —y con una sonrisa repleta de tristeza añadió—: Ya me estoy acostumbrando a darlo a derecha e izquierda.

—Al menos, tienes la suerte de tenerlo.

—¿Insinúas algo?

—Nada. Compraste los terrenos a mi padre y has tenido suerte: eso es todo.

—¡Cállate! ¿No ves que no puedo soportarte? Por eso prefiero darte dinero y que te vayas lejos, si es posible a la Tierra. Pero márchate. ¡No quiero volver a verte!

Todos los buenos propósitos que Fred tenía de seguir las instrucciones de Joe al pie de la letra, se vinieron abajo.

Un fiero orgullo le dominó.

—¡No necesito nada de ti, Richard! Ya he estado en la Tierra y puedes estar seguro que, tarde o temprano, tú y yo arreglaremos cuentas. La SIP sabrá descubrir toda la verdad de los sucios enjuagues de los que te valiste para apoderarte de mis tierras.

El rostro de Verant estaba blanco como el yeso.

—¿Has estado en la Tierra? ¿Has hablado con la Policía Espacial?

—Sí, con su jefe, en persona.

—Pero...

—¿Creías que venía a pedir una limosna, no? He venido para impedir que duermas tranquilo, para que sepas que no puedes seguir gozando de lo que no te pertenece.

— ¡Basta!

—Si tuvieses la conciencia tranquila, no te enfurecerías tanto.

— ¡Basta, he dicho! ¡Fuera de aquí!

Fred se puso en pie.

—Haces bien en echarme. Pero ya sabes que si tuviese una prueba, una sola sospecha, la más pequeña, no saldría de aquí sin antes haberte hecho pagar, como mereces, la canallada que has cometido.

— ¡Fuera!

—Ya me voy, pero no lo olvides.

Salió, dando un formidable portazo en la puerta.

Cuando llegaba a la salida, Monique le alcanzó, corriendo.

—¿Qué ocurre, Fred?

—Nada. Nada que pueda importarte, Monique. Ya es hora de que

sepas que sospecho que tu hermano se valió de medios inconfesables para robarme mis tierras.

—¡Oh Fred! ¡Eso es imposible!

—Ojalá lo fuese, pequeña; pero, por desgracia, cada vez estoy más convencido de que ésa es la verdad.

Ella se echó a llorar y Fred, incapaz de resistir la tensión nerviosa que le embargaba, corrió escaleras abajo, tomando el camino que conducía a la General Road.

Poco le importaba, en aquel momento, lo que pensase de él Joe Turwood. Después de todo, no había sido capaz de representar la comedia que el otro le había sugerido.

* * *

Los ojos de Mike Larson, el jefe superior de la Policía venusiana, se abrieron como platos al ver entrar, sonriente y simpático, al hombre que esperaba menos ver en su despacho.

— ¡Señor Callowan!

—¡Hola, Larson! ¿Cómo va esto?

Se estrecharon la mano y después de sentarse y de haber encendido sendos cigarrillos.

—¿Ha venido usted en misión especial?

—Podría ser —fue la ambigua, respuesta de Donald—. En realidad, han llegado a mis oídos ciertas cosas que deseo ver por mis propios ojos.

—Estoy a sus órdenes.

—Gracias. ¿Ha oído hablar de la muerte de un tal Charles Simplon?

—Sí.

—¿Y qué piensa de ello?

—Fue un accidente inexplicable: ya sabrá usted que fue muerto por unos perros que acababa de comprar y que se enfurecieron de una manera repentina.

Callowan asintió:

—Sí, ya lo sé. Su administrador fue asesinado poco antes y las propiedades de Simplon pasaron a otras manos, descubriéndose, entonces que eran ricas en uranio.

—Es verdad. Ya debió recibir el informe técnico sobre el examen de los perros y la ausencia de huellas en el asesinato del administrador de los Simplon.

—Lo recibí, en efecto. También me he enterado del cambio de dueño de las fábricas de desecación vegetal, después de la brusca muerte de Hoffmann.

—Se diagnosticó derrame cerebral.

—¿Se hizo la autopsia?

—El médico forense no la juzgó oportuna; según él, las causas estaban clarísimas.

—Mejor que haya sido así.

Hubo un corto silencio.

Después Callowan dijo:

—En realidad, lo que más me interesa es la muerte de Charles Simplon. Hay cosas en ello que no acabo de explicarme del todo.

—¿Cree que los perros estaban amaestrados para matarle?

—No, es muy difícil adiestrarlos de esa manera, haciendo que ataquen a cierta persona en determinado momento.

—Eso mismo he pensado yo.

—Bien hecho, Larson. Usted es un policía inteligente y que ha hecho una hermosa carrera en poco tiempo. Confío en usted.

—Muchas gracias, señor Callowan. ¿Está ya instalado o necesita que lo alojemos?

Donald sonrió.

—No hace falta que se moleste. A mí me gusta vivir un poco aislado. Pensaba alojarme en un hotel de la ciudad, pero he tomado una casita en la zona residencial: calle 22, Oeste, número 1001. Allí! puede llamarme cuando lo desee.

—Así lo haré.

—Y ahora, amigo Larson, voy a dar una vuelta por ahí.

—¿Ha venido usted solo?

—Sí. Hay mucho trabajo para la Policía Espacial y tengo muy pocos agentes en este momento. Además, y sin ninguna jactancia, creo que me basto y me sobro para dilucidar este emocionante problema.

—Estoy seguro de ello.

Le acompañó hasta la puerta, estrechando la mano del hombre más temido de todos los criminales del mundo. Cuando cerró la puerta, tuvo que secarse la mano, empapada, como el resto del cuerpo, de un sudor frío.

Estaba aterrado.

Durante un par de minutos permaneció inmóvil, dejando que las ideas corriesen alocadamente por su mente; después, decidiéndose, fue

al teléfono y marcó un número que se había aprendido de memoria.

Una voz femenina le llegó desde el otro extremo del hilo.

—¿Qué desea?

—Quiero hablar con el señor Domerenko.

—Un segundo, señor: se lo paso.

La voz del ruso llegó hasta él.

—No hace falta que me diga quién es. ¿Qué hay de nuevo?

Larson dijo:

—Venga a verme en seguida: es muy urgente.

—Bien.

Quince minutos más tarde Igor penetraba en el despacho ele Mike. Al ver la palidez que cubría el rostro del agente, frunció el entrecejo.

—¿Ocurre algo grave? —inquirió.

—Lo peor. El jefe de la SIP, en persona, ha venido a Venus.

Una sonrisa forzada apareció en el rostro de Igor.

—Eso no tiene importancia. Los viajes nos gustan a todos.

—No sé cómo tiene ganas de bromas. Callowan es un hombre que no viaja por placer. Ha venido especialmente a esclarecer la muerte de Simplon.

—No sacará nada en limpio.

—No tenga tanta confianza.

—Bueno, ni usted tenga tanto miedo. ¿Dónde se aloja ese tipo?

Larson se lo dijo.

—Bien —la sonrisa cruel de Domerenko hizo estremecer al policía —. Dentro de unas horas no tendrá que preocuparse más.

—¿Van… a matarlo? —se alarmó el otro.

—No querrá que le demos un homenaje.

—¿No se da cuenta del escándalo que se armará cuando el jefe de la SIP muera aquí, sin que la policía pueda hacer nada por defenderle?

—Eso son escrúpulos idiotas, Larson. Usted no sabe nada; no lo olvide. Lo demás corre por nuestra cuenta.

CAPÍTULO IX



A sombra que penetró por la puerta posterior del hotelito que ocupaba Donald Callowan, abrió con una llave, sin utilizar ningún procedimiento extraordinario.

Momentos después, tras oprimir un botón camuflado en la cocina, subió por la escalera oscura, penetrando en una habitación igualmente en tinieblas.

—¡Hola, Alan!

—Buenas noches, señor Callowan.

—Siéntate por ahí.

Cunninghan obedeció, encendiendo un cigarrillo. Durante unos segundos, mientras la llama del mechero estuvo encendida, el rostro de Donald, así como el del agente, se recortaron entre la oscuridad que reinaba en el resto de la estancia.

—¿Hay noticias?

—Muchas —replicó el agente—. Ya está dispuesta su ejecución.

Una risa brotó de los labios de Donald.

—¿Para cuándo?

—Mañana, Recibirá el regalo, un magnífico obsequio, por la mañana. Y esperan que a mediodía haya dejado usted de existir.

—Muy amables. ¿Hay algo más?

—Sí. Van a seguir, en cuanto se hayan librado de usted, su plan de trabajo intensivo. Quieren hacer que una serie de colonos compren el terreno de otros, siguiendo el mismo procedimiento que hasta ahora.

—Todo. Aquí he traído un informe que le interesa sobremanera.

—Lo leeré.

—¿Sabes algo de lo de Hoffmann?

—Todo. Aquí he traído un informe que le interesa sobremanera.

—Lo leeré.

—Tenga mucho cuidado, señor: son muy astutos.

—Ya lo sé. Pero si vieras mi alcoba creerías que te encuentras en un circo.

Rieron.

Poco después, tras haber aclarado algunos puntos interesantes, Alan abandonaba la casa.

Su silueta se perdió en las sombras de las calles de la zona residencial, donde muchos edificios no ofrecían más que el esqueleto de sus osamentas metálicas.

* * *

Cuando el coche se detuvo ante la casa, Donald que estaba en el piso superior, sonrió. Luego, al oír el timbre de la puerta, bajó, en batín, abriendo y encontrándose ante un hombre delgado y vestido con un uniforme.

—No sé si me habré equivocado de dirección —dijo—, ya que no hay nombre del destinatario, pero el número es el mil uno.

—¿De qué se trata?

—De un regalo: un perro precioso.

—No recuerdo a nadie que debiera hacerme ese regalo; pero, de todos modos, los perros me han gustado muchísimo siempre.

—Éste es un animal formidable.

—Veámosle.

Sacó el empleado la jaula sobre la que había una tarjeta en la que había escrita una corta frase:

De una admiradora, con respeto y cariño.

—Es muy amable —comentó Donald.

—Es un regalo estupendo, señor.

Dejó la jaula y sacó la caseta metálica.

—Aquí vienen las instrucciones. Ya sabe usted, señor, que estos animales no podrían vivir en el ambiente de Venus, ya que la humedad excesiva les perjudica,

—Bien.

—Deberá dejar que esté en la jaula el tiempo que precise.

—Así la haré; pero, para mayor comodidad del perro, lo meteré en casa con caseta y todo,

—Como usted quiera.

Donald dio una espléndida propina al empleado y acarició al espléndido animal, un mastín de feroz aspecto.

Colocó la caseta en la cocina y cortó algunas rajas de jamón que dio al animal, quien las comió con verdadero apetito.

Luego subió a su alcoba.

La cama, un sencillo catre, estaba en el interior de una jaula con férreos barrotes. Donald abrió la puerta, la cerró con cuidado, se echó en el lecho y se puso a leer, con una sonrisa enigmática en el rostro.

Durante toda la mañana, no pasó absolutamente nada. El perro subió varias veces al piso superior, pero no entró en el dormitorio, limitándose a pasear, olfateando por los pasillos.

En poco más tarde, eran las cuatro en el reloj de Donald, un rugido escalofriante le llegó desde abajo. Momentos más tarde, hecho una verdadera furia y con la boca llena de baba, el perro se precipitó en la habitación, gruñendo sordamente y lanzándose, con una furia espantosa, contra los barrotes.

Donald examinó al animal.

Parecía haberse convertido en una furia y el hombre no pudo evitar un estremecimiento al pensar en lo que podía haberle ocurrido sin la protección que había ideado.

De todos modos, las embestidas del mastín eran tan fuertes que la jaula temblaba de toda su estructura metálica.

Donald sacó su pistola.

Era un modelo silencioso, dotado de balas anestésicas de efectividad fulminante.

Disparó tres veces consecutivas.

El mastín caía, poco después, hundiéndose en un pesado sueño. Su respiración agitada fue normalizándose hasta alcanzar un ritmo normal y profundo.

Arrastrándolo, Donald lo encerró en la jaula, bajando después a la cocina donde examinó la caseta con todo detenimiento. No había nada anormal, sino los aparatos destinados a mantener una temperatura elevada para evitar la humedad de ambiente venusiano.

A la mañana siguiente, Callowan llamó a la Jefatura de Policía, preguntando por Mike, y cuando obtuvo la comunicación, saludó:

—¡Buenos días, Larson! Aquí Callowan.

Hubo un silencio y después la voz de Mike, alterada por la emoción, contestó:

—Buenos días, señor. ¿Deseaba algo?

—Quería decirle que ayer me regalaron un hermoso perro... que he tenido que matar porque se enfureció repentinamente.

—¿Cómo? ¿Sabiendo lo de Simplon admitió usted el regalo?

—No tiene importancia.

—La tiene. Tendré que mandar a unos agentes para protegerle.

—No haga eso, Larson. Esta tarde pasaré a verle y hablaremos.

Donald colgó, pero Mike siguió con el aparato en la mano, sintiendo que un sudor helado le empapaba la espalda.

Marcó otro número.

—¿Diga?

Esta vez era la voz de Igor.

—Me acaba de llamar. Ha matado al perro.

—¿Eh?

—Lo que ha oído.

—Bien, lo vamos a llamar por teléfono. No se preocupe esta vez no fallará.

Nada más colgar, Igor abandonó su mansión. Se dirigió a la que habitaba Elías, al que puso al corriente de lo ocurrido.

—No se escapará ese cerdo. Ven, vamos a conectar el aparato de ultrasonidos.

Y cuando estuvo hecho, dijo:

—Marcaré el número de ese perro polizonte.

Instantes después, la voz de Donald sonaba al otro extremo del hilo.

—¿Diga?

—¿Señor Callowan?

—Sí. ¿Es usted, Larson?

—No, no soy Larson. Escuche, señor Callowan: voy a darle una información de la mayor importancia. ¿Me escucha?

—Sí, le escucho.

Elías sonrió.

De un golpe brusco, pulsó la palanca. No había dicho a Igor que puso el aparato al máximo de potencia.

Una formidable descarga inaudible salió, como un rayo de muerte, hacia el extremo del hilo telefónico.

* * *

—Ha hecho usted mal, Fred.

El joven se mordió los labios.

—Ya lo sé, pero no pude evitarlo. ¡No quería darme trabajo! Deseaba alejarme de su lado, como a un perro, llenándome los bolsillos de sus sucios dólares.

Turwood sonrió.

—Eso era lo que deseábamos saber: que Richard no quiere tenerlo a su lado. Le recordaría usted, con su presencia, el mal que ha hecho y del que está arrepentido.

—¿Usted cree?

—Me he explicado mal. El arrepentimiento de Verant no es debido más que al chantaje de que debe ser objeto. No recuerda lo que hizo, ni le importa mucho. Pero está furioso de haberse dejado coger en una burda trampa.

—Comprendo.

—Aunque no ha seguido usted mis instrucciones, ha provocado la primera reacción. Ahora pondremos en marcha la segunda.

—¿Cuál?

—Usted va a presentarse en un periódico y decir que tiene pruebas para demostrar que su padre fue asesinado y obligado antes a firmar un documento de venta. La prensa lo publicará y Richard hará que la banda entre en acción. En realidad, este plan está conjugado con otro general. Las cosas han llegado a un momento en que deben hacer crisis.

—Haré lo que me diga.

—Va usted a instalarse en el Hotel Central, conmigo. No saldremos de la habitación y tomaremos ciertas precauciones. Diremos a los periodistas que vamos a instalarnos, dentro de unos días, en un pabellón de la zona residencial.

—¿Por qué ese cambio?

—Porque la banda no se atrevería a actuar en el hotel, pero hemos de esperar, forzosamente, esos días para preparar un poco la casita donde iremos a vivir.

—¿Un cepo?

—Llámelo corno quiera. Pero dentro de cuatro días, todo esto habrá terminado. ¡Daremos jaque mate!

* * *

Alan no había dormido. El trabajo que realizó durante la noche lo había agotado; pero, a la madrugada, cuando llamó a Turwood, tuvo al menos la, satisfacción de oír unas palabras amables.

—Eres el mismo de siempre —le había dicho Joe—; un tipo formidable. ¿Lo has preparado todo bien?

—Correctamente.

—La casita está aislada, ¿verdad?

—Sola como un hongo; en el extremo de la zona residencial.

—De acuerdo. Nos trasladaremos mañana por la noche.

—¿Vives bien en el hotel?

—Como un verdadero señor.

—¡Todos los granujas tienen suerte!

Y cortó.

Ahora, después de haberse aseado, condujo su coche haciéndolo frenar a la entrada de la fábrica de desecación, cuya entrada pasó, dirigiéndose al despacho de Celetti.

—¡Hola, muchacho!

— ¡Hola, jefe!

—.¿Sabes algo de nuevo?

—Sí. Dentro de un par de días podremos cazar lo que deseabas.

—Eres un tipo, grande, Alan, ¿Un trago?

—Con mucho gusto.

Bebieron y después el italiano preguntó:

—¿Sabes que ese Hermann, es decir, el ruso, me ha anunciado su visita para esta mañana?

—¿Si?

—Sí. La verdad es que lo esperaba antes.

—¿Viene a por «pasta»?

—Seguro; pero va a por algo que no se espera.

—Puedes hablarle fuerte. No tendrán tiempo de reaccionar.

—Así lo haré. Verán que no se juega con Celetti como con cualquier desastroso de los barrios extremos.

Alan dijo;

—Hay que enseñarles los dientes; ya te lo dije desde un principio. Ahora lo sabemos todo de ellos y conocemos sus pobres defensas. Colper, Jeff y yo seremos bastante para acabar con el trío.

—¿Vas a cargarte incluso a la muchacha?

—¿Por qué no? En mi tierra, a las víboras se les aplasta la cabeza.

—Tienes razón.

Fue entonces cuando entró Pat Colper, como una exhalación. Llevaba un periódico en la mano

Celetti frunció el ceño ai verse interrumpido.

—¿Qué significa esto? —inquirió, con los ridículos aires de gran hombre de negocios que se había apropiado.

— ¡Fíjese, patrón! ¡Han matado al jefe de la SIP!

Alan se mordió los labios.

Vittorio Celetti leyó con avidez el periódico, mirando después al joven agente.

—¡Han sido ellos, Alan!

—¿Por qué lo supones?

—Porque esta muerte me recuerda la de Hoffmann; como el propietario de la fábrica, ese cerdo de policía ha muerto de ataque cerebral con el teléfono en la mano.

Alan se encogió de hombros.

—No irás a creer que voy a ponerme a llorar por la muerte de ese tipo, ¿verdad?

—No me refiero a eso, estúpido. Te hablaba de la muerte de Hoffmann.

—Deja eso ya, ¿quieres? Tenemos muchas cosas que ultimar.

Celetti sonrió.

—Es verdad; después de todo, la muerte de ese tiparraco no nos va a hacer ningún daño.

Hablaron durante cerca de media hora, hasta que el visófono interior previno la llegada de Igor.

Colper salió, pero el italiano retuvo al otro,

—Quédate aquí, Alan. Quiero que veas cómo lo trato,

Cunninghan se dejó caer en un sillón, un tanto apartado de la mesa. Cuando el ruso entró, su primera mirada fue para el joven, luego clavó sus ojos en los del italiano.

—Quiero hablar a solas contigo, Celetti.

—Éste es mi hombre de confianza: no tengo secretos para él.

—Como quieras.

Se sentó y después de haber encendido un cigarrillo; preguntó:

—¿Te van bien los asuntos, Vittorio?

—Estupendamente. Estoy ganando cada día más dinero.

—Eso me alegra.

—A mí más que a ti.

Igor frunció el ceño.

—La Asociación pasa un mal momento y espera de tu amabilidad

que nos ayudes económicamente.

—¿Es que me has tomado por la Beneficencia, amigo mío?

—No hagas el tonto había abierto la cartera y sacado unas fotocopias —Aquí tienes copias, por docenas de la escritura que te entregamos. Hay dieciocho originales, en el mismo papel y todas ellas escritas por el puño y letra del difunto Hoffmann. ¿Te imaginas lo que dirían los periódicos si supiesen que hay tantas escrituras? Iba a ser de risa, ¿verdad?

—Divertido... pero no me asustas. Puedes hacer lo que quieras.

—¿Te has vuelto loco?

—No, pero sois vosotros los que os habéis equivocado de piso: con Celetti no juega nadie.

— ¡Pobre imbécil!

Alan se puso en pie.

La pistola había aparecido como por ensalmo en su mano.

Miró torvamente a Igor.

—Yo no sé quién eres ni me importa —dijo con voz glacial—, pero una de mis obligaciones es de impedir que alguien, un desgraciado como tú, insulte a mi patrón.

Celetti no cabía en su asiento.

Domerenko miraba fijamente a Alan.

—No te conozco —dijo—, pero creo que nos veremos pronto.

—¿Te gusta gallear, eh?

Y antes de que el otro pudiese impedirlo, le descargó un puñetazo, con la izquierda, enviándolo al otro lado de la estancia.

Igor se levantó, con los ojos inyectados en sangre, limpiándose, con el dorso de la mano derecha, la que salía por la comisura de sus labios.

No dijo nada y salió, dejando la puerta entreabierta.

Vittorio miró .con admiración al joven.

— ¡Así se hace, Alan! Hay que parar los pies . a esos chantajistas.

—La próxima vez que te insulte, lo partiré en trozos.

CAPÍTULO X



LÍAS miró a su amigo, con desprecio.

—Te dejas llevar por la histeria —dijo.

—¡No digas tonterías! Si no hubiese tenido la pistola en la mano, le hubiera deshecho la cara a golpes.

—Debiste darte cuenta, al entrar en el despacho, de que Celetti habla optado por romper con nosotros.

—Ya me di cuenta, pero...

—Pero hiciste el tonto. Yo, en tu lugar, me hubiera ido de allí sin decir ni una palabra. Sabes que ese italiano ha firmado su sentencia de muerte, de la misma manera que la firmó Callowan al llegar a Venus.

— ¡Me gustaría estrangularle con mis propias manos!

El desprecio se acentuó en la sonrisa del otro.

—No seas primitivo, Igor. Tenernos medios para hacer que desaparezca, ¿y si utilizáramos el teléfono?

—¿Crees que será tan tonto como para caer en la trampa?

— ¡Tú sí que eres tonto! Sabe, es verdad, que Callowan y Hoffmann murieron con el teléfono en la mano, pero carece de inteligencia para suponer el motivo. Voy a preparar el aparato.

Y cuando estuvieron en el laboratorio, dijo:

—¿Sabes quién me ha llamado otra vez?

—¿Richard?

Igor preguntó:

—Sí. Sigue teniendo miedo y nos ruega que acabemos con ese Fred, antes de que el asunto meta más ruido.

—Es un cobarde. Le expliqué que ese Fred no puede saber absolutamente nada y que su visita a su casa, así como lo que ha dicho a los periodistas, no son más que fanfarronadas, una especie de tortura nerviosa para ponerle fuera de sí,

—Pues lo ha logrado.

—Poco le durará. Vamos esta noche, ¿verdad?

—Sí. Los perros están dispuestos y los llevaremos al atardecer. La casa está aislada y no quedará ni uno.

—Hay un tipo que acompaña a Fred, ¿verdad?

—Sí. Debe de ser alguien atraído por la posibilidad de que el uranio pasase a las manos de Simplon.

—¿Crees que es verdad que Fred estuvo con Callowan en la Tierra?

—¿Y eso qué puede importarnos? Muerto el perro, se acabó la rabia. Callowan está en un sitio donde ya no puede molestar a nadie. Estuve en el entierro y me reía al ver la cara compungida de ese Mike Larson.

Terminó de preparar el aparato y llamó después al número del italiano.

—Hay que correr el albur —dijo.

Pero cuando, momentos después, llegaba a él la voz de Celetti, sonrió.

—Somos la Asociación, amigo mío.

—¿Qué hay?

—Queríamos saber si estabas dispuesto a asociarte con nosotros: eres el hombre que necesitamos.

Hubo un silencio.

Después, con voz pretenciosa, dijo:

—Si yo soy el jefe, de acuerdo. ¿No es así, Alan?

Se dieron cuenta de que el matón estaba con él.

—No tenemos nada en contra, Celetti. Escucha ahora...

Y apretó la palanca, cortando la corriente segundos después.

La voz de Alan llegó hasta ellos.

— ¡Lo han matado-! ¡Lo han matado!

Igor colgó sonriendo.

—Un cerdo menos —se limitó a decir.

—Ya has visto que no ha fallado. Haremos una escritura de Vittorio, por la que nos habrá vendido, legalmente, todo cuanto poseía.

—¿Y ese Alan? Es un testigo molesto,

—De éste te encargarás tú: hace ya tiempo que no empleas el «antigravitón» y, sobre todo, el cuchillo.

* * *

Los dos hombres llegaron, envueltos en la sombra de la noche, a la casa. Se abrió la puerta posterior y entraron, no haciéndose la luz hasta que la puerta volvió a cerrarse.

—¡Dios santo! —exclamó Fred.

Se había quedado mirando a uno de los hombres, cuya foto había aparecido en todos los periódicos de la ciudad.

Callowan sonrió.

—¿Extrañado, eh? No se preocupe, joven: suelo hacerlo muy a menudo. Cuando era joven en el Liceo, solía hacer siempre el papel de cadáver en las representaciones teatrales. Me salía tan bien que, ya ve, no he perdido la costumbre de aprovechar la primera ocasión que se me presenta.

—No lo comprendo.

—Es muy sencillo. Esa banda utilizaba un emisor de altos sonidos, con una potencia formidable. Ya sabe usted que los ultrasonidos son capaces de matar a cualquier ser vivo. Así terminaron con Hoffmann y han acabado hoy con Vittorio Celetti.

—¿Y usted no cayó en la trampa?

—Se lo debo a Alan. Desde que llegó, estableció un sistema de escucha, por medio de una emisora especial, en las casas que ocupaban los de la banda: así pudo enterarse de sus procedimientos «expeditivos». Yo conecté una cinta magnetofónica a mi teléfono y no sufrí daño alguno, ya que no era yo quien contestaba. El magnetofón fue destrozado por los ultrasonidos.

»En cuanto a la noticia de mi muerte y a mi entierro, ha sido necesario montar esa escenografía para dar ánimos a nuestros adversarios. Esta noche, según hemos sabido por lo que han hablado, se disponen a terminar con usted. Y repitiéndose desdichadamente, van a utilizar los perros.

—¿Como con mi padre?

—Hay algunas variaciones en el programa; pero, en el fondo, es lo mismo.

— ¡Canallas!

—No se preocupe. Les preparamos una linda sorpresa. ¿No es verdad, Alan?

—Es verdad.

—Ahora, si les parece, vamos a echar una partida de cartas. Me aburre esperar. Me ha aburrido siempre.

Se sentaron y Callowan sacó una baraja usada.

—La guardo como recuerdo —dijo—. Me la regaló un pillo y sólo

yo conozco las marcas de los naipes. Ustedes me perdonarán, pero no me gusta perder: es otro de mis defectos.

* * *

El camión se detuvo bastante lejos y Domerenko bajó de la cabina.

Sonia y Elías le siguieron.

Poco después bajaron las jaulas. Las abrieron para sacar los poderosos animales que había en ellas.

La muchacha retrocedió, sin poder evitar un estremecimiento.

—No tengas miedo, querida —le dijo Igor—. Son mansos como corderos.

Llevándolos atados por sus collares, el ruso avanzó. Los dejó después no lejos de la casa, atados entre sí. Volvió luego al camión ayudando a Elías a descargar las casetas.

Las llevaron junto a los perros, haciendo que cada uno entrase en la suya.

—¿Hiciste lo que te dije? —inquirió Elías.

—Sí. En cuanto me enteré de que iban a venir a vivir en esta casa, vine y desmonté a medias, las bisagras de las ventanas. Los perros no tendrán que hacer muchos esfuerzos para entrar en la casa.

—De acuerdo. Vamos.

Retrocedieron y sacaron del camión un pesado aparato que, entre los dos, llevaron hasta un lugar situado a una docena de metros detrás de donde habían dejado las casetas.

Sonia se unió a ellos.

—Voy —dijo Elías— a enviar el máximo estimulante: se volverán verdaderas fieras.

La muchacha se estremeció.

—¿Y si se vuelven contra nosotros?

—No lo harán —repuso Stenowicht—. El impulso los llevará hacia adelante y, cuando cese de excitarlos, una vez hayan terminado su labor, cortaré el contacto y volverán a ser mansos como corderos.

—No tengas miedo —apoyó Igor.

Consultaron el reloj y Elías procedió a la carga electrónica del impulso,

Luego, sonriendo, dijo:

—La comedia va a empezar.

Y apretó el botón.

* * *

Consultando la hora, Callowan tiró las cartas sobre la mesa.

—Veamos lo que pasa, muchachos.

Cogió un aparato de encima de una mesita, algo que a Fred le pareció una máquina fotográfica, y pasando a la habitación vecina, levantó el visillo, en plena oscuridad, mirando por el visor.

—Ya han llegado —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió el joven Simplon.

—Gracias a los rayos infrarrojos que proyecta esta máquina; es decir, que recibe. Todo cuerpo con calor los emite, incluso el del hombre y los animales.

—Comprendo.

—¡Alan! ¡Joe!

Se acercaron los dos agentes.

—Tú, Alan, toma los mandos de la primera barrera y tú, Joe, los de la segunda. Ya no podemos movemos de aquí.

—¿No tengo yo que hacer nada? —inquirió Fred.

—Usted ya ha hecho bastante, muchacho: goce ahora de un espectáculo interesante.

En aquel momento, el silencio de la noche se desgarró, con los furiosos aullidos de los perros.

—¡Atención, Alan!

—Estoy dispuesto, señor.

Sin dejar de mirar por la cámara de infrarrojos, Donald vio crecer las manchas rojizas de los cuerpos de los canes, lanzados en una furiosa carrera hacia la casa.

Tenía los nervios en tensión.

— ¡¡Ya, Alan!! —gritó de repente.

El agente bajó la palanca y los alambres, invisibles en la oscuridad de la noche, recibieron una descarga eléctrica, no muy fuerte, pero si lo suficiente para hacer retroceder a los perros que, furiosos, se alejaron.

— ¡Focos, Alan!

Una nueva palanca y el terreno, delante de la casa, se iluminó como en pleno día.

Los perros, aún más asustados, pero sin perder su furia, se lanzaron hacia los cuerpos que veían un poco más allá.

Muertos de terror, Igor, Elías y la muchacha abandonaron el

aparato corriendo con todas sus fuerzas.

—¡Corriente, Joe!

El hombrecillo obedeció, pulsando su palanca. Una corriente hizo saltar chispas delante de los fugitivos, deteniéndolos en el acto.

Los perros salvaron la distancia que les separaba de sus víctimas en un abrir y cerrar de ojos.

El espectáculo fue horrible.

Volviendo los ojos, Fred se separó de la ventana, con el corazón compungido, ya que aquella escena le recordaba otra infinitamente más dolorosa para él.

—Tomad los rifles y acabad con esas fieras —ordenó Donald.

EPÍLOGO

—¿Otro «whisky», señor Callowan?

El camarero del astrocohete sirvió, ante el gesto afirmativo de Donald, llenando también los vasos de los dos agentes.

El jefe de la SIP se volvió hacia Joe.

—¿Has estado con los prisioneros?

—Sí. Hace un rato.

—¿Cómo siguen?

—Richard está muy abatido.

—Tendrá tiempo para abatirse más; le espera, gracias a los atenuantes que hemos prometido a su hermana, una cadena perpetua.

—El disgusto ha costado la vida a su padre.

—Eso es lo que más he sentido.

Hubo una pausa.

Después, Donald preguntó;

—¿Y el otro?

—¿Larson? Está tranquilo, pero sabe que será despedido del cuerpo y que le echarán diez años.

—Ha sido un hombre débil.

Hubo una nueva pausa.

Joe, que había terminado su vaso, se volvió hacia su jefe.

—¿Podría explicarme un par de cosas, señor Callowan?

—Encantado.

—¿Cómo hacían que los perros se enfureciesen da aquella manera?

—Muy sencillo, aunque me costó saberlo. Cuando estaba «muerto», me puse en contacto con los archivos, preguntando lo que sabían de un tal Elías Stenowicht.

—¿Sabían algo?

—Lo bastante para aclararlo todo. Elías había trabajado diez años en el Instituto Pavlov, de Moscú. Allí, desde hace muchísimo tiempo, se estudian los reflejos condicionados; es decir, las respuestas de los animales a determinados estímulos. Si, por ejemplo, haces sonar una campana cada vez que das la comida a un perro, éste segregará jugos con sólo oír la campana. De esa manera, Elías acostumbró a sus animales a atacar ferozmente cuando oían un sonido especial.

Naturalmente, trabajó con sonidos que sólo son audibles para los canes, como los pitos silenciosos utilizados durante la Segunda Guerra Mundial. Al entrar en sus casetas, los perros recibían, en determinado momento, el estímulo y se convertían en feroces animales de presa.

—Comprendido.

—¿Y la otra pregunta?

—La falta de huellas cuando asesinaron al administrador, a pesar de estar el terreno húmedo.

—Eso es harina de otro costal. Elías era, desdichadamente para la Ley, un verdadero sabio. No supo seguir su profesión y dedicó todo su saber al mal… Había inventado un aparato, una especie de desgravitador, de tamaño reducido, capaz de mantener a un hombre, a un par de pies del suelo, durante cierto tiempo.

—¡Ah!

—Igor se lo colocó cuando fue a matar al administrador. Por eso no dejó huellas en el suelo húmedo. Para apoderarse de la cartera, no tuvo más que inclinarse, sin tocar el suelo con los pies.

—¿Y la máquina copiadora?

—Es lo más interesante que hemos encontrado. Por eso nos la llevamos. Es una especie de cerebro electrónico, capaz de aprender a escribir siguiendo el modelo que le entregas. ¡Un aparato demoniaco en manos de hombres como Igor y Elías!

—Tiene usted razón.

Bonald llamó al camarero.

—¿Me trae un cigarro puro, por favor?

Momentos después, tras haberlo encendido, explicó sonriente:

—Es una manía mía. Fumo un habano cuando he conseguido resolver un caso.

—¿Y si no lo consigue?

— ¡No seas gafe, Joe! Tendría que fumármelo a escondidas.

Alan sonrió.

—Estoy recordando la cara que puso Fred cuando se enteró de que, además de ser propietario de las únicas minas de uranio de Venus, se había convertido en dueño de las frigoríficas y las fábricas de desecación.

—No creo que su felicidad se la haya dado eso.

—¿Entonces?

Donald sonrió.

—¿No os disteis cuenta de cómo se miraban los dos tortolitos?

Nunca me acostumbraré a no ver en los ojos de los enamorados, más que algo que me recuerda a los corderos cuando van a cierto sitio…

Y chupó con fuerza el habano, logrando hacer, al expulsar el humo, tres anillos perfectos que flotaron, elevándose suavemente hacia el techo.

—¡Desgravitación perfecta! —rió Al.



COLECCION S.I.P.

ULTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. — El secreto del Circo Espacial. —W. Sampas.
2. —Asesinato en Luna-Término—. Alan Comet.
3. —Chantaje, S. A. .— Alan Star.
4. —Canales de sangre—. W. Sampas.
5. —Hombres sin alma—. Alan Star.
6. —Banda de telépatas—. W. Sampas.
7. —Arma secreta—. Alan Star.
8. —Traficantes cósmicos—. W. Sampas.
9. —Traidor al servicio—. Alan Star.
10. —¡Perjuro!— W. Sampas.

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLIOE.

Cinco asesinos murieron en la cámara de gas. !MURIERON? ¡No! Porque... semanas más tarde, ¡LOS CINCO ASESINIOS SEGUíAN MATANDO!

El valle de los muertos

La novela más espeluznante y terrorífica del gran escritor ALAN STAR.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS